

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA CHISMOSA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calanidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empuen un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contraste s.
Catiñina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniola.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Gara y cruz.
Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
- En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miririuaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onecuo no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragón.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último picbón.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoísmo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diabolo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplu del diablo.
El pastelero de París.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
- ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la historia.
Herencia de lágrimas.
Institutos de Alarcón.
Juicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de torador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de China.
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos esp.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrolobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Saucio el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fern.
Las flores de Don Juan.
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduchesa.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escuela del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cal.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a la cañe de la Montera).
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA CHISMOSA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- CORREGIR AL QUE YERRA...** Comedia en un acto, original en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR...** Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO.** Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO.** (Segunda edicion) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER.....** Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES!.....** Id. en un acto, id. id. (Segunda edicion.)
- EL PIANO PARLANTE.....** Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO. .** Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE.....** Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA.....** Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS....** Comedia en tres actos arreglada del francés.
- LAS CIRCUNSTANCIAS.....** Id. en tres actos y en prosa, original.
- LA CHISMOSA.....** Id. en tres actos y en verso, original.

LA CHISMOSA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAS.

Estrenada con buen éxito en el teatro de la Zarzuela en la noche
del 17 de Enero de 1868.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

LA SEÑORA RITA.....	DOÑA BALBINA VALVERDE.
MATILDE.....	DOÑA DOLORES FERNANDEZ.
DOÑA ANTONIA.....	DOÑA ÁNGELA GARCIA.
DON SEVERO.....	DON JOSÉ IZQUIERDO.
CÁRLOS.....	DON EDUARDO IROBA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR. D. JUAN B. ROMERO.

MARQUÉS DE SAN JUAN,

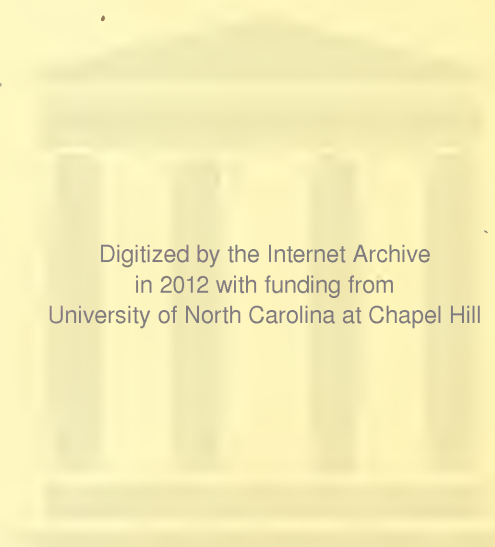
GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL
REINO, ETC., ETC.

Su reconocido amigo y servidor

Q. S. M. B.

El Autor.

612940



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Despacho de banquero; una escribanía; armarios con documentos archivados y atriles con libros de contabilidad.

ESCENA PRIMERA.

D. Severo sentado al pupitre y la señora Rita con la mantilla puesta, en disposición de salir á la calle.

SEVERO. Bajan los fondos; la crisis
forma incremento á su vez;
no hay un cuarto en numerario,
sobra á espuestas el papel,
y el conflicto va creciendo
de un modo, que á mi entender,
peor el sesenta y siete
va á ser que el sesenta y seis.
¿Se va usted, señora Rita?

RITA. Como no me mande usted
otra cosa, hácia San Luis
me voy un instante, á ver
si puedo reconciliarme
con el padre fray Miguel.

SEVERO. ¿Estan ustedes reñidos?

RITA. Libreme el Señor, amen,
de estarlo nunca con nadie...

y mucho ménos con él.
Voy á ver si me confieso,
porque hoy somos veintitres,
y hace justo siete dias
que estuve la última vez.

SEVERO. Pues para ir á confesarse
cuatro veces cada mes,
es preciso que á destajo
se ponga á pecar usted.

RITA. Descargando la conciencia
se queda el cuerpo muy bien.

SEVERO. ¿Y nunca se enfada e! padre?

RITA. ¡Enfadarse fray Miguel!
¡pues si es lo más campechano!...
Siempre que le voy á ver,
me dice: «Hola, parroquiana;
¿qué hay?»—«Lo de costumbre. Y es...»

SEVERO. Que debe ya de memoria
saber las culpas de usted.

RITA. ¡Toma! ¡si es mi confesor
ya desde el cuarenta!

SEVERO. Ayer.

RITA. Él se marchó á Cataluña
cuando la muerte del rey,
segun dicen malas lenguas,
con don Cárlos; pero fué
que una penitencia ruda
quiso á su cuerpo imponer,
y se metió en la montaña,
donde, mártir de su fe,
se alimentaba tan solo
con yerbas.

SEVERO. Hacia bien.
Yo, aunque cordero de Cristo,
no estoy por lo de pacer;
pues Dios no debe ofenderse
de que me coma un *beefsteack*.

RITA. Pero como él es tan santo...

SEVERO. Puede pasar sin comer.

RITA. ¡Lleva más reliquias siempre!...
Vamos, si le viera usted...
¿Pues y la misa? la misa

la dice en un santiamen.
Si una no se signa pronto
llega al *Ite misa est*.
Y no es muy feliz el pobre:
su casa es una Babel.
Cuando estuve á confesarme
la antepenúltima vez...

SEVERO. Que debió ser, segun cuenta,
por...

RITA. El jueves hizo un mes.
Me dijo que habia estado
casi á punto de romper
con el ama y con la chica.

SEVERO. ¿Con qué chica?

RITA. La Isabel,
hija de un hermano suyo;
¡bello sujeto tambien!
que murió sin conocerla
de escorbuto en Aranjuez.
Porque es tan abandonada
la señora Paula, que
va el pobre por las calcetas
sacando siempre los pies.
Ellos viven esa casa
de ahí detrás; junto al cuartel:
en cuyo cuarto segundo
hay uno de tropa, que es...
no recuerdo si me dijo
Alferez ó Brigadier,
que nunca sale del monte.

SEVERO. ¿Por penitencia tambien?

RITA. No señor, es que va al juego.
Sin ir más lejos, ayer
dicen que perdió tres pagas,
y bien perdidas, muy bien.
Todos jugaban judias,
y él, no señor, interés.
Hasta que al fin, aburrido,
todo lo perdió, no sé
si contra un capon... no, un gallo.

SEVERO. Si perdió fué gallo inglés.

RITA. Ya se ve, la militar

toma revancha á su vez:
llama á Paula y á la chica,
y al burro juegan las tres,
siendo el monte del marido
calvario de la mujer.
Por supuesto, no es el monte
lo que mueve su interés,
sino que Paula es amiga
íntima de la mujer
de un sastre que vive enfrente
de su casa, con la que
la militar sospecha
que le es su marido infiel:
y por ver si la sonsaca,
todo el dia estan las tres
con cros van, bastos vienen,
y todo lo paga, ¿quién?
el puchero que se sale,
la casa á medio barrer,
las luces por preparar,
y comer sobre un mantel
que parece la rodilla
con que se limpia el quinqué.
En fin, voy á confesarme.

SEVERO. Bien lo necesita usted.

RITA. Es porque el padre en la iglesia
no esta más que hasta las diez
y quiero tomar á Dios.

SEVERO. Usted querrá; pero ¿y Él?

RITA. Siempre el que su nombre invoca
recibe alguna merced.
Todos somos pecadores.

SEVERO. Y pecadoras tambien.

RITA. (Registrándose los bolsillos.)
No creo dejarme nada.

SEVERO. Todo se lo lleva usted.

RITA. Rosario, pañuelo, libro...
(Revistando dichos objetos.)
Don Severo, hasta despues.

SEVERO. Dios la inspire á usted, señora.
(Compadezco á fray Miguel.)

RITA. Ya le contaré á usted luego

- la historia del Brigadier.
- SEVERO. ¿Despues de la confesion?
Bien hecho, señora bien;
eso es vaciar el costal
para llenarle otra vez.
- RITA. Señor, no calumnio á nadie.
¡Si todo lo que hablo es
por boca de los demas!
- SEVERO. Verdad sin vuelta; y no sé
cómo hablando usted por tantos
no se le seca la nuez.
- RITA. Dios sabe...
- SEVERO. Á saber historias
nadie la aventaja á usted.
- RITA. Eso es llamarme... ¡Jesus!
- SEVERO. No; habladora.
- RITA. (Bruscamente.) Hasta despues. (Váse.)

ESCENA II.

D. SEVERO, á poco DOÑA ANTONIA.

- SEVERO. Fray Gerundio es un pigmeo
al lado de esta mujer.
Lo que es la historia de España
la conoce mejor que él.
Y que cuando dice blanco,
no es negro; se entera bien.
- ANT. Adios, Severo.
- SEVERO. ¡Hola, prima!
- ANT. ¿Y mi hijo?
- SEVERO. ¿Cárlos? se fué;
pero no debe tardar;
porque van á dar las diez,
y á las nueve se fué al Banco.
- ANT. ¿Qué tal se porta?
- SEVERO. Muy bien.
Es tímido, irresoluto;
pero hay buen fondo, honradez.
- ANT. Yo no sé cómo pagarte
lo que haciendo estás por él.
- SEVERO. ¡Quita allá! con tu cariño.

¿Pues qué premio puede haber
comparable al porvenir
que me ofrece la vejez?
¿Qué he hecho con vosotros más
que cumplir con mi deber?
Tú enviudaste; él quedó huérfano;
viviais en la estrechez,
y os dije: «Donde uno come
con poco más comen tres.»

ANT. Pero le das sueldo al chico.

SEVERO. No me avergüences, mujer:
se lo doy porque lo gana.
Antes de morir Manuel
mis negocios mercantiles
carecian de interés.
Pero mi hermano era rico;
y como tú sabes bien,
me encargó de la tutela
de su Matilde. Despues,
con el laudable deseo
de aumentar su herencia, en vez
de imponérsela en el Bauco
me hice bolsista y gané.
Como estendí mis negocios,
era lógico á mi ver
que echara mano del chico;
el chico me hace papel;
y como el chico trabaja,
le pago al chico y amen.
¿Y el diablillo de Matilde,
por dónde está?

ANT. La dejé,
cuando me vine, acabando
de hacerse la *toilette*.
Como se dijo que á Pascuas
la habiamos de poner
de largo, se despertó;
vió que eramos veintitres,
y la pobre su impaciencia
no pudiendo contener...

SEVERO. ¿Se ha puesto á arrastrar la cola?
¿Y qué tal le sienta?

ANT. Bien.

SEVERO. ¿Qué extraño yo, si en abril
cumplirá los diez y seis?

ANT. Como tiene esa carita...

SEVERO. Muy graciosa; y luego un pie
que parece un cañamon.

ANT. Y canta y toca tan bien...

SEVERO. Ya verás desde mañana
salir novios á granel.

ANT. Lo sensible es que las chicas,
sin saber darse el por qué,
se encaprichan casi siempre
de lo más malo que ven.
Y aunque esta tiene buen juicio,
la señora Rita...

SEVERO. ¿Qué?

ANT. Dirije su educacion.

SEVERO. No tal; porque aunque Manuel
me encargó mucho *in extrémis*
no dejarla perecer,
ni Matilde la profesora
simpatía como ves,
ni ha tenido más que á tí
por Mentor de su niñez.
Por eso mismo quisiera,
ya que desde hoy el papel
que va á jugar es distinto,
que la hicieses conocer
cierto plan que tengo en ciernes.

ANT. ¿Sobre el casamiento?

SEVERO. Pues.

ANT. (Ap.) Piensa casarla con Carlos.

SEVERO. Quisiera darla á entender
que es muy fácil confundir
con el oro el oropel,
y que á mi juicio el marido
que más feliz la ha de hacer
no ha de ser el que la brinde
con más pompa ni más tren.

ANT. Ya es ella bastante rica,
y fuera mal proceder
cerrar su pecho al amor

- por abrirlo al interés.
- SEVERO. Lo que ella debe buscar es cariño y honradez.
- ANT. La fortuna es lo de ménos; pues siendo un hombre de bien, ha de mirar como propia la dote de su mujer.
- SEVERO. Juicioso.
- ANT. Casero.
- SEVERO. Humilde, sin bajeza ni doblez. No pollo.
- ANT. Tampoco viejo.
- SEVERO. Ya nos entendimos, ¿eh!
- ANT. No dejas lugar á duda.
- SEVERO. Pues sabiendo quién es él no estrañarás que su voz embargue la timidez.
- ANT. Timidez que no me explico.
- SEVERO. Como ella es más jóven que él...
- ANT. El marido debe siempre ser mayor que la mujer.
- SEVERO. Más alto, sí; lo comprendo; todos los dias se ven ejemplos: tú le dirás...
- ANT. Todo lo que debe hacer.
- SEVERO. Que lo piense, y si lo acepta me caso con ella y...
- ANT. ¿Qué?
- SEVERO. Nada más.
- ANT. (¡Necia de mí! yo que me he brindado á sér...)
- MAT. (Dentro.) ¿Dan ustedes su permiso?
- SEVERO. Es ella, Antonia.
- ANT. Ella es. (¡Cómo se le cae la baba!)
- SEVERO. Entra.
- MAT. (Entrando.) Presente.
- SEVERO. Muy bien.

ESCENA III.

DICHOS y MATILDE.

- MAT. Ved la niña vivaracha
trasformada en mujer hecha;
pues nosotras, con la fecha...
mudamos tambien de facha:
por lo que diré... en descargo
de la cola que os aporto,
que como me atabais corto
yo me he vestido de largo:
que á una edad en que el amor
ya en nuestra mente clucubra,
muy justo es que el pie se cubra
con el velo del pudor.
Mis pocos años no impiden
que ya sepa lo que sé;
y á nadie quiero dar pie
por irle enseñando... el idem.
Para otorgarme el perdon (Á D. Severo.)
justo es que el silencio rompas.
Mira como hago las pompas
con esta prolongacion.
(Da una vuelta y produce una pompa con el vestido
ahuecado por el aire.)
- SEVERO. Te he visto el pie.
- MAT. No me azoro;
ni es mi conducta procaz;
porque eres moro de paz.
- ANT. (Despues te lo dirá el moro.)
- SEVERO. ¡Te halaga mucho á mi ver
tamaña trasformacion!
- MAT. Es la primer ilusion
que alimenta la mujer.
Su historia la niña oculta
nueva vida ambicionando,
mientras se va evaporando
bajo el vestido de adulta:
y el juguete que su aprecio
tuvo ayer en sumo grado,

- le arroja al fin de su lado
con insultante desprecio.
- ANT. (¡Tener yo que intervenir
en dársela por mujer!)
- SEVERO. ¿Y cuál es tu sueño, á ver?
- MAT. Te lo voy á referir.
Meciéndome entre la ondas
que el gró levante en mi falda,
y asomándose mi espalda
por una reja de blondas,
aspirar el dulce ambiente
de un salon rico en colores,
donde entre alfombras de flores
resbale el pie indiferente;
y allí al plácido murmullo
de epigramas y elejías
que consumen las bujias
ó de la orquesta el arrullo,
al eco fascinador
con que entre diversos giros
mézclanse llanto, suspiros,
risas, placer y dolor,
como apéndice al catálogo,
ver á un jóven elegante
que torturando su guante
promueve el siguiente diálogo:
—«¿Cómo no forman su elipse
»los astros que al sol rodean?»
—«Acaso los astros vean
»puesto mi sol ó en eclipse.»
—«¿Cómo, si á su luz brillante
»me ha sorprendido ya el dia?»
—«¡Sublime galanteria!»
—«Soy justo más que galante.
»¿Virgen acaso al amor
»llorará el pecho su ausencia?»
—«No aspiré jamás la esencia
»que en él difunde esa flor.»
—«¡Feliz yo si la semilla
»brotar hiciera en su seno!»
—«Es usted galante y bueno.»
—«Y usted hermosa y sencilla.

»Deme usted, pues huyen de ellos
»porque acaso me comprenden,
»esas violetas, que penden
»de sus brillantes cabellos.»
—«La demanda es atrevida.»
—«Disculpa tiene en mi amor.»
—«Mi rostro tiñe el rubor.»
—«Pida usted en cambio mi vida.»
—«No es posible.»—«¡Vano empeño!»
—«¡Por piedad!»—«Yo desvarío.»
—«Se cayeron.»—«¡Ah! ¡bien mio!»
—«¡Ah! ¡Fulanito!»—«¡Ah! ¡mi dueño!»

Hay criadas y propina:
y él, aunque el tiempo esté vario,
viene de mozo honorario
á la lonja de la esquina.
Por supuesto que te opones;
y aunque respeto tus canas,
tú me cierras las ventanas
y yo le abro los balcones.
Principio á estar amarilla,
la casa se desconcierta,
le echas la llave á la puerta,
nos vemos por la mirilla;
me pongo mucho peor;
tú me das una repulsa;
viene un médico, me pulsa;
dice que padezco amor;
me amenazas, te detienen;
me desmayo, me avecinan;
me repongo, te acriminan,
todos gritan, van y vienen,
hasta que al ver que yo muero
si al fin por todo no pasas,
buscas al chico, nos casas,
y consigo lo que quiero.

SEVERO. Lo cual es fingir que el brillo
de mi cabeza respetas,
y hacerme dar volteretas
lo mismo que un dominguillo.
De todo lo dicho infiero,
que aun cuando sea un perdido,

- como alguien te diga: «Envido,»
has de contestarle: «Quiero.»
- MAT. Antes echaré la sonda;
porque mi bello ideal
es un marido especial.
- ANT. (Con intencion.)
Aviso á quien corresponda.
- MAT. Si él envida, por supuesto,
yo haré lo que exija el caso.
Que no me conviene; «paso;»
que me gusta, digo: «el resto.»
- SEVERO. ¿Y no habrá ya quien se esconda
del corazon en los pliegues?
- MAT. Ninguno.
- SEVERO. No me lo niegues.
- MAT. Ninguno.
- SEVERO. (Á Doña Antonia, con intencion.)
Á quien corresponda.
- ANT. ¿Quién le ha sugerido, quién,
un acto tal de injusticia?
- SEVERO. (Á mi prima la noticia
no le ha sentado muy bien.)
Entónces voy á salir,
porque aunque nada me acosa,
no sé la tia qué cosa
te tenia que decir.
- MAT. ¿Una cosa? dila.
- SEVERO. Espera
que me marche.
- MAT. (Á su tio.) Adios.
- ANT. (Me irrita.)
- MAT. ¿Dí, tia Antonia, es bonita?
- ANT. Preciosa. (Con mal humor.)
- SEVERO. (Mirándose á sí mismo.) No; pasadera.
- MAT. Márchate, que hoy las acciones
suben para tu gobierno.
- SEVERO. Hija mia, en el infierno
no se gastan escalones:
y estan los fondos tan hondos
con tanta conflagracion,
que nunca con más razon
se les ha llamado fondos.

- MAT. ¿Pues por qué si dudas de él
compras papel sin empacho?
- SEVERO. Para vestir el despacho
cuando se rompa el papel.
Conque aquí os quedais las dos,
Antonia, díselo todo.
- ANT. Descuida. (Con despecho comprimido.)
- SEVERO. Pero de modo
que lo entienda.
- ANT. Bien.
- Adiós. (Váse D. Severo por el foro.)

ESCENA IV.

MATILDE, DOÑA ANTONIA, y á poco la SEÑORA RITA.

- MAT. Vamos, tiita, ya puedes
explicarme lo que es eso.
- ANT. Medio siglo, que ya es fecha,
cumpló el veintidos de Enero.
Calcula si habré podido
ver cosas en ese tiempo.
Pues ni la invasion francesa,
ni el grito que lanzó Riego,
ni el cólera morbo asiático,
ni la entrada de Espartero,
me hicieron más impresion
que lo que á decirte vengo.
- MAT. ¿Pues qué sucede?
- ANT. Figúrate
que el... bendito de Severo...
- RITA. Alabado sea él siempre
Santísimo Sacramento.
- MAT. Felices, señora Rita.
- RITA. Muy buenos días. ¡Qué veo!
¿ya te has vestido de largo?
Te sienta muy bien. ¡Qué cuerpo!
Algo mejor estás tú
que la sobrina del médico
de la casa de la esquina,
que parece un palo seco.
- MAT. ¿Pues no es hija esa muchacha

del doctor?

RITA. ¡Quiá! ni por pienso.

Su madre es esa señora
que va peinada con cuernos,
que tampoco es la mujer
del doctor, pues sé de cierto
que ella y su marido estan
separados hace tiempo.

ANT. Señora Rita, ¡por Dios!
repare usted... (Señalando á Matilde.)

RITA. (Ap.) No dí en ello.
(Alto.) Vengo de San Luis; estaba
lleno de luces el templo.
Despues de tomar á Dios
me he estado un ratito oyendo
los funerales que hacian
hoy por el descanso eterno
de doña Antonia Mazanti.
¡Recuerda usted...

ANT, No recuerdo.

RITA. Aquella vecina nuestra
de la calle del Progreso,
que tenia aquel marido
que estuvo en presidio luego...
creo que por director
de una sociedad de crédito.

ANT. ¿Rezó usted la penitencia?

RITA. No.

MAT. Pues vámonos adentro,
y allí me puedes contar...

ANT. Deja, no es ningun secreto.

RITA. Hablen ustedes que á mí
nada me distrae del rezo:
y lo que oiga yo es lo mismo
que si cayese en un cepo.

MAT. (En un cepo con orejas
y una lengua de barbero.)

ANT. Como en la noticia todos
parte alicuota tenemos,
pública la puedo hacer.
Figúrate...

RITA. (Sacando un rosario.)

Padre nuestro...

ANT. Figúrate que tu tío,
que ya puede tener nietos,
se quiere casar.

MAT. ¡Jesus!

¡Él!

RITA. «Vénganos el tu reino...»
Ya lo sospechaba yo;
porque desde hace algun tiempo...
«Hágase tu voluntad...»
no está el señor en su centro;
pues tan pronto piensa... «En
la tierra como en el cielo,»
hacer de lo negro blanco
como de lo blanco negro.
Ni almuerza, come ni duerme,
ni hace nada con concierto.
Saca cuentas; habla solo;
y en fin, señora... «El pan nuestro
de cada día...»

MAT. ¡Es extraño!

ANT. Lo más extraño no es eso.
¿Contra quién dirás que atenta?

MAT. ¿Será una mujer de tiempo?

RITA. (Acabando de rezar con precipitacion.)

«Líbranos de mal, amen.
Jesus.»—¿ que yo lo acierto?

ANT. No es fácil, señora Rita.

RITA. Con la sobrina del médico;
porque siempre que la ve
la regala caramelos.

MAT. ¡Sí es una niña!

ANT. No es esa.

RITA. Calle usted; ahora recuerdo
que será esa chica guapa
huérfana de un artillero
que hizo aquellos calzoncillos
del señor. (Doña Antonia niega.)

¿Tampoco acierto?

Pues... «Dios te salve, Maria,
llena...» Entónces, no hay remedio,
debe ser con otra.

- ANT. Justo.
- MAT. ¿Quién es, tía, quién?
- ANT. Tú.
- MAT. ¡Cielos!
- RITA. Pues, la verdad; no he querido decírselo á ustedes; pero la noticia de esa boda no me ha venido de nuevo.
- MAT. Vaya un porvenir de babas que me deparaba el cielo.
- RITA. Pues si había sucesion...
- ANT. ¡No era malo el parentesco!
- MAT. ¡Ser madre de mis sobrinos á la par que prima de ellos!
- ANT. ¡Volaron mis ilusiones!
- ANT. Tambien las mías huyeron. Pero no; ¡si es imposible que el amor arda en su pecho!
- RITA. Tal vez exista otra causa.
- ANT. ¿Tendrá por ventura celos?
- MAT. Envidia de que me case con otro.
- RITA. (Con alegría.) No: ya la tengo.
- ANT. y MAT. Sepamos lo que es.
- RITA. ¡Por Dios! encargo mucho el secreto.
- ANT. ¡No faltaba más!
- MAT. Á ver. (Se agrupan.)
- RITA. Que estan muy malos los tiempos; que el que se mete en negoci os es para pedir dinero, y que este falta, son cosas que olvidadas las tenemos. Pues si el tutor de Matilde es el señor don Severo, y en tan graves circunstancias, echándola de banquero, se ha encontrado de repente sin lo suyo y sin lo ageno, ¿quién nos puede asegurar que no ha dicho en sus adentros: «Matilde puede casarse;

- »si su marido no es lerdo
»me ha de exigir que le entregue
»la dote que no poseo:
»pues hágola mi mujer;
»me evito un sonrojo cierto;
»no tengo que rendir cuentas;
»tal vez mejoren los tiempos,
»y...—¿Estamos? Pues es verdad
lo mismo que el evangelio.
- ANT. No hay que darle ya más vueltas;
en la llaga ha puesto el dedo.
Señora Rita, es usted
una mujer de talento.
- RITA. La experiencia, doña Antonia!
- MAT. Yo no me inclino á dar crédito...
- ANT. No lo dudes, criatura.
- RITA. Pues cástate.
- MAT. Ni por pienso.
- ANT. Los comerciantes no tienen
cariño más que al dinero.
- MAT. Pues sabrá quién es Matilde,
ya que en cuestion de comercio
se propone convertir
el más puro sentimiento.
- ANT. Tú debes pedirle cuentas,
porque te asiste el derecho.
- RITA. Y pronto, para salvar
lo que se pueda del trueno.
- ANT. Ten presente que un deber
sagrado te impulsa á ello.
- RITA. Tu padre...
- ANT. Tu porvenir...
- MAT. Sí, si; lo haré; lo prometo.
(Campanilla.)
- RITA. Él será, porque han llamado.
- MAT. Pues idos, que llega á tiempo.
- ANT. ¿Viene usted, señora Rita?
- RITA. Sí.—¿Qué me faltaba? el Credo.
- ANT. Más tarde rezará usted.
- RITA. ¿Y si se me olvida y pecco?
- ANT. Tenemos que hablar las dos.
- RITA. Rezaré en la cama luego.

(Vánse Rita y Doña Antonia.)
MAT. ¿Quién lo pensara de un hombre
que parecía tan bueno?
Siento pasos; él se acerca.
¡Vaya! ¿pues no tengo miedo!...
¡Calle! es Cárlos. Este sí
que me gusta; pero es memo.

ESCENA V.

MATILDE y CÁRLOS.

CARLOS. (¡Qué cara! no tiene un tilde.)
Felices.
MAT. No hay de qué darlos.
CARLOS. ¡Ay!
MAT. ¿Por qué suspiras, Cárlos?
CARLOS. Si no suspiro, Matilde.
MAT. Ya sabes que se te estima.
CARLOS. Gracias.
MAT. (En vano le esprimo.)
¿Qué es lo que decias, primo?
CARLOS. No decia nada, prima.
Merezco que se me azote.
MAT. Habla, no tengas empacho. (Gran pausa.)
Pues señor, este muchacho
es tonto de capirote.
CARLOS. (Y ella me incita... Me porto.)
MAT. (¡Qué babeiaca! ni de encargo.)
CARLOS. ¡Qué veo! ya vas de largo.
MAT. No me gusta nada corto.
CARLOS. (Pullita sobre pullita!
Pues vaya, me decidí.)
Prima, estas mejor así,
porque así estas más bonita.
Y si de ello no te asustas,
ya que el temor deseché,
francamente te diré
que hace tiempo que me gustas,
que el amor me tiene enfermo!
que en vano á chanza lo tomo,
que yo en la mesa no como,

que yo en la cama no duermo,
que te quiero más que á mí,
más que á mi madre y que á todo;
que te quiero, en fin, de un modo
que solo se explica así.

(La besa repetidas veces la mano.)

MAT. Basta ya, Cárlos. ¡Por vida,
que aunque en tu candor te escudas,
si te lanzas...

CARLOS. (Queriendo volver á besarla la mano.)

¿Es que dudas...

MAT. (Retirándola.)

No; ya estoy muy convencida.

CARLOS. Pues lo siento.

MAT. (¡Qué inocencia!)

CARLOS. ¡Si te convences, mujer,
cuando empezaba á poner
en práctica mi elocuencia!
¿Puedo tu amor esperar?

MAT. ¿Ven ustedes? yo... accedía;
pero me ha dicho la tía
que me debo incomodar;
porque opina, y con razón,
que si al hombre se le escucha
sin resistencia y sin lucha
se le marcha la ilusión.

CARLOS. ¿Tienes corazón de hierro,
que á mi amor te muestras sorda?

MAT. (Pues señor, vaya la gorda
con esta cara de perro.)

(Frunce el ceño y le arguye con cómica gravedad.)

Basta ya. Mi voz te intima
por tu infuero proceder...

CARLOS. Mujer...

MAT. Yo no soy mujer.

CARLOS. Prima...

MAT. Tampoco soy prima.

CARLOS. (Ap. y tímido) Es natural; me excedí...

MAT. Prescindo del dicho; al hecho.

¿Quién le ha dado á usted derecho
para llegar hasta aquí? (Por su mano.)

¿Cómo su mente ofuscada

no ha podido comprender
que tambien en la mujer
es la epidermis sagrada?
¿Cómo entre murmullos ledos,
fingiendo rendirme culto,
porque unos dedos le oculto (Por el pie.)
se toma usted otros dedos?

Por qué hablar de amor, por qué,
á la que ayer sin rebozo
aun iba enseñando el trozo
que hay desde el tobillo al pie?

(Sale la señora Rita por la segunda puerta derecha
y se queda escuchando.)

Voy, pues la mancha distinta
vése aquí de su borron, (Por la mano.)
á lavarne con limon,
que es como sale la tinta.

Y agradezca usted en el alma,
pues armada estoy en corso,
que al tomarme usted el dorso
no le he vuelto á usted la palma.

Procure usted desterrar
de sí tamaña demencia.

Respete usted mi inocencia...
y... Adios! Esto es perorar. (Váse.)

ESCENA VI.

CÁRLOS y la SEÑORA RITA.

CARLOS. Lo tengo bien merecido:
soy un estúpido, un ganso,
que ando como las personas
porque Dios es bueno y santo.

RITA. Que usted me crea que no,
ya lo habia sospechado.

CARLOS. ¿El qué, Rita?

RITA. ¡Vamos, hombre,
no se haga usted el misántropo!
¡Si todo lo he estado oyendo
desde la puerta del cuarto!
¿Le gusta á usted la muchacha?

¡pues qué demonio! buen ánimo.
Debe usted tener valor
para vencer los obstáculos.

CARLOS. ¿Y cómo le he de tener
cuando ella me ha deshauciado?

RITA. ¿Qué sabemos si será
para bien de usted, don Cárlos?

CARLOS. ¿Cómo?

RITA. Nada.

CARLOS. No; hable usted:
usted debe saber algo.

RITA. Son asuntos graves...

CARLOS. Rita,
mi ventura está en su mano;
dígamelo usted.

RITA. Pues bien...
por supuesto... (Encargándole el sigilo.)

CARLOS. Es excusado...

RITA. Matilde es, en apariencia,
el mismo candor andando,
modelo de mansedumbre,
de virtudes un dechado;
pero en el fondo es, sin que esto
pueda quitarle ni un átomo,
de sus bellas cualidades,
ambiciosa en snmo grado.
De otro modo no se explica
que así desprecie á un muchacho
de tan buenas condiciones
como tiene usted, don Cárlos.
Pero ella ha dicho: «Mi primo
no debe tener más cuartos
que los cuatro de que todos
los mortales nos formamos.
Por un lado ese temor,
y despues por otro lado
la boda con que su tio
viene á remachar el clavo...

CARLOS. ¿Cómo! ¿La quieren casar?

RITA. Es verdad; no lo he contado.
Pues sí señor; don Severo
quiere unirse en santo lazo

con su sobrina.

CARLOS. ¡Dios mio!
no es posible; estoy soñando.

RITA. Y yo tengo para mí
que aunque ella finge hacer ascos,
al fin con babas y todo
cederá por esto; ¿estamos? (Seña de dinero.)

CARLOS. (¡Ah! ¡Maldita gratitud
que viene á cortarme el paso!)

RITA. Se juntan tal para cual,
haciendo negocio entrambos.

CARLOS. (Sin fijarse en lo que dice la señora Rita.)
Sí, le debo cuanto soy,
como á mi padre le acato,
y no hacer un sacrificio
fuera en mí, torpe, villano.

RITA. Convirtiéndose el tutor
en marido, queda á salvo
de tener que rendir cuentas,
que en los tiempos que alcanzamos...
En fin usted, ya me entiende.

CARLOS. Sí señora. (Saliendo de su estupor.)

RITA. Está usted pálido.

CARLOS. Mucho le agradezco á usted
el consejo que me ha dado,
y espero de su bondad
que me hará un favor.

RITA. Andando.

CARLOS. Para evitar el tener
que hablar de este asunto ingrato,
voy á escribir á mi prima
dos letras.

RITA. Estoy al cabo.
Yo serviré de Mercurio.

CARLOS. Pues al instante despacho.
(Se sienta á la escribanía y escribe una carta.)

RITA. ¡Despreciarle! ¡Pobre chico!
¡tan elegante! ¡tan guapo!
¡con un corazon tan noble!
¡Ay!... ¡quién tuviera quince años!

CARLOS. Tome usted, señora Rita.
(Dándole la carta.)

- RITA. ¡Por Dios! el sigilo encargo.
Descuide usted, que yo sé
cómo los secretos guardo.
- CARLOS. Pues adios, y gracias, gracias.
(¡Ay! ¡qué peso me he quitado!)
(Váse primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

La SEÑORA RITA y á poco MATILDE.

- RITA. (Mirando la cara.)
Supuesto que viene abierta
enterémonos del caso.
No tengo curiosidad;
pero puede decir algo
que ella no debe saber.
(Al ir á abrirla aparece Matilde.)
- MAT. Rita, te andaba buscando.
- RITA. (¡Qué lástima!) ¿Qué me quieres?
- MAT. Decirte que tengo el hado
más fatal del universo.
Figúrate tú que Cárlos...
- RITA. Te ha declarado su amor.
- MAT. ¿Cómo lo sabes?
- RITA. Y en cambio
tú le has dado calabazas;
lo cual, Matilde, no aplaudo.
- MAT. Yo he fingido rechazarle
varias causas pretextando;
pues dicen que así á los hombres
nos es más fácil pescarlos.
Pero á decirte verdad
él es mi sueño dorado,
y á él solo con alma y vida
dueño hiciera de mi mano.
- RITA. ¡Pues es menudo el disgusto
que tiene el pobre muchacho!
Aquí me ha estado diciendo
que te quiere tanto y cuanto,
que siente mucho el rigor
con que injusta le has tratado,

y qué sé yo cuántas cosas
más me ha dicho; hasta que al cabo
te ha escrito estas cuatro letras
poco ménos que llorando.

(Le da la carta.)

MAT. (Leyendo al principio con avidez y despues con extrañeza.)

«Si te amé fué en el calor
»de un momento de arrebató:
»despues de lo que he sabido
»ya no puede amarte Cárlos.»
¿Qué es esto, Ríta? Esta carta
no es de un hombre enamorado.

RITA. Á ver, á ver... (Repasandó la carta.)

MAT. Mi conducta
no merece tal agravio.

RITA. (Leyendo.)

«Despues de lo que he sabido...»
Ya está todo descifrado.

MAT. ¿Cómo?

RITA. ¡Fíate en los hombres!

MAT. ¿Qué quieres decir?

RITA. ¡Qué rayo
de luz!

MAT. Calma mi impaciencia.

RITA. Nada, hija mia, que Cárlos
ni te ha profesado amor
ni otro móvil se ha llevado
que hacerse dueño del dote
que constituye su encanto.

MAT. ¿Cómo?

RITA. Por fortuna yo,
que siempre cazo muy largo,
para saber si sus fines
eran los de un hombre honrado,
le hablé del plan de tu tío,
recalcándole de paso
que la boda era un pretexto
para cortar por lo sano
las cuentas, que estaban sucias;
y aun no acabé de contárselo
cuando sentóse á la mesa

para inferirte ese agravio.
¡Qué más quisiera ese perdis
que reirse de tus cuartos!

MAT. ¡Dios-mío! (Llorando.)

RITA. ¡Vaya! ¡Matilde!

MAT. ¡Si aunque quisiera dudarlo
tiene toda la apariencia
de un terrible desengaño!

RITA. ¡Picaron! ¡malas entrañas!
Ven, hija mia, á mis brazos,
y llora en ellos.

MAT.. ¡Ay Rita!

¡Si le amaba tanto, tanto!

RITA. Suerte que soy la mujer
única para estos casos,
y si alguien urde un enredo
al instante le deshago.

MAT. ¡Rita, Rita!

RITA. Nada, olvídale;
que aun hay hombres á puñados,
y sobre todo no llores.

Por Dios, hija, ten más ánimo.

Mira, doña Antonia viene,
y si te encuentra llorando
tendrás que decir la causa.

Vaya! todo se ha acabado!

(Limpiándole los ojos y besándola.)

Dame un beso y á vivir.

Yo no hablo mucho; pero hago;
y no ha de faltarte apoyo
mientras me tengas al lado.

ESCENA VIII.

DICHOS, y DOÑA ANTONIA.

ANT. Señora Rita, el almuerzo
le pueden ir preparando,
porque ya viene mi primo;
y como él es tan exacto,
quiere que á las once en punto
se le sirvan.

RITA. Voy volando. (Váse.)
MAT. ¡Qué opresion tengo! ¡qué angustia!
ANT. Matilde, ¿qué es esto?
MAA. Acaso
 sea un vahido; no sé...
 (Se inclina sobre el pecho de Antonia.)
ANT. ¡Matilde!... ¡Se ha desmayado!
 ¡Hija mia! ¡si está ardiendo!
 ¡Y no hay aquí nadie!—¡Cárlos. (Llamaudo)
 ¡Señora Rita!

ESCENA IX.

DICHOS y CÁRLOS.

CÁRLOS. ¿Llamabas?
 ¡Qué veo!
ANT. Corre; en mi armario
 estará el frasco del éter.
MAT. Ya me pasa... (Recobrándose.)
ANT. Sin embargo...
MAT. ¡Si ya estoy bien.
SEVERO. (Dentro.) El almuerzo.
ANT. ¿Qué has sentido?
MAT. Un arrebato
 de sangre; mirad, al tío
 no decirle nada.

ESCENA X.

DICHOS y D. SEVERO.

SEVERO. ¡Bravo!
 ¡todos en comunidad!
 ¿Y eso, Matilde? ¿has llorado?
MAT. No; es que tengo la cabeza
 cargada de estar bordando.
SEVERO. ¿Pero no te sientes mal?
MAT. ¡Qué he de sentirme! al contrario.
 (Sonriendo.)
SEVERO. Conque qué te ha parecido
 la noticia que te han dado?
MAT. No sé... no me han dicho nada.

SEVERO. ¡Pues cumples bien mis encargos!

(Á Doña Antonia.)

ANT. Se me... olvidó... sin querer...

SEVERO. Parece que teneis algo.

ANT. No lo creas.

MAT. ¡Qué aprension!

SEVERO. (Á Carlos.) ¡Y qué haces tú tan callado?

CARLOS. Nada, tío.

SEVERO. Estais muy mústios;

con que así voy á animaros.

Todos lo habeis de saber

al postre tarde ó temprano;

por lo mismo son inútiles

los circunloquios. Al caso.

ESCENA XII.

DICHOS y la SEÑORA RITA.

RITA. El almuerzo está servido.

SEVERO. Señora Rita, ya vamos.

(Á Matilde.) Si á tí te halaga la idea

de un cariño razonado

presidido por las canas...

no por el loco entusiasmo,

sí por la sana razon

préviamente sancionado;

si las tiernas ilusiones

con que te brindan los años

no han de helarse al rayo tibio

de un sol que marcha al ocaso,

permítele á un pobre viejo

que en su cariño escudado

te ofrezca con las del rostro

las arrugas de su mano.

Habla; y vosotros decid

si es mi plan descabellado;

que á los viejos con la edad

se nos marcha al cielo el santo.

MAT. Yo, tío... recibo honor...

y ese... cariño templado...

Quedé huerfana... muy niña...

Todos te... queremos tanto...

RITA. Pues yo soy de parecer...

SEVERO. ¡Sublime discurso! Vamos, Antonia, ¿qué dices tú?

ANT. Yo... Severo... sí; lo aplaudo. La gratitud... el amor... el raciocinio...

SEVERO. Enterado.

RITA. Pues yo soy de parecer...

SEVERO. Á ver lo que dice Cárlos.

CARLOS. Yo... sí... mi... la...

SEVERO. Bien, solfea. ¿Por qué no habeis de ser francos?

RITA. Pues yo soy de parecer...

SEVERO. Yo lo estoy siendo hace rato de que me deje usted en paz y no he podido lograrlo. Yo os tenia por leales; pero me he llevado chasco. (Movimiento general.) En fin, vamos á almorzar.

MAT. Dispensadme si me marchó; me encuentro un poco indispueta y me retiro á mi cuarto. (Váse.)

SEVERO. Vamos nosotros.

ANT. Permíteme que por hoy suprima el plato; porque si almuerzo, de fijo, Severo, me va á hacer daño. (Váse.)

SEVERO. Mejor; más racion tendremos. Ven. (Á Cárlos.)

CARLOS. Yo no almuerzo, estoy malo.

SEVERO. Pues á la fonda conmigo. (Váse.) (Se pone el sombrero.)

RITA. Yo con el almuerzo qué hago?

SEVERO. Se lo come usted y revienta. (Váse.)

RITA. Jesus María, ¡qué bárbaro! ¿Qué tendrán? me voy adentro á ver si puedo oler algo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, ANTONIA y la SEÑORA RITA.

- MAT. Con lo ocurrido, yo creo
que se le alcanza á cualquiera
que tácitamente todos
su proyecto desaprueban.
- ANT. Ó no: porque está obcecado
con esa maldita idea,
y nuestra extraña conducta
comentará á su manera.
- RITA. Pero Dios con algun fin
nos habrá puesto la lengua,
y aunque nos la dió en la boca
no será para mordérnosla;
sino para darle gracias,
distinguirnos de las bestias,
y si alguno nos insulta
poder decirle una fresca.
¿No es usted de mi opinion?
(Á Doña Antonia.)
- ANT. Claro está; y á esta muñeca
no sé de qué le han servido

- tantos libros y novelas
como está leyendo siempre,
ni tener esa entereza
de carácter, con la cual
subyuga á cuantos la cercan,
si en las ocasiones críticas
y cuando más la interesa,
se echa un candado á la boca.
- MAT. Se me acaba la paciencia
viendo que sobre las mias
cargo con culpas ajenas.
¿Por qué no le has dicho tú:
«Si Matilde te desprecia,
»no es tan solo por tus años,
»sino porque yo más diestra
»la he dado á entender el quid
»que en tu proyecto se encierra?»
- ANT. Porque yo en primer lugar,
debo atenciones inmensas
á mi primo, y en segundo,
porque aunque abundo en tu idea,
no soy la que mostrar debe
mayor interés en ella.
- RITA. Pues mire usted, doña Antonia,
lo que es Matilde se queja
con razon, en este caso;
porque usted tiene experiencia,
y hablar debió toda vez
que el asunto la interesa.
- ANT. Pues usted con más motivo
debió tomar su defensa,
siendo aya suya, y teniendo
mayor edad que la nuestra.
- RITA. ¡El Señor Sacramentado
que me asista y me defienda!
¡Decirle yo á don Severo
que tiene las manos puercas,
cuando si duermo entre sábanas
es por su bondad inmensa?
¡Jesus, Jesus! en asuntos
de familia no me metañ;
y ménos si estos atañen

al hombre que me alimenta.
Por supuesto él es un pícaro,
y ante conducta tan negra
Matilde debió pedirle
sucias ó limpias las cuentas.

MAT. Vosotras no os haceis cargo
de que soy niña inesperta,
que quereis á todo trance
prescinda de la vergüenza.
Yo comprendo la razon
que vuestra duda alimenta;
conozco que es el cariño
quien me dicta y me aconseja;
pero ante un supuesto crimen
estan mil acciones buenas;
y tratar á un hombre así
por una simple sospecha,
ni lo haré ni alcanzo que haya
quien aconsejarlo pueda.

RITA. Pues mira, en San Bernardino
dan potaje de lentejas:
no quiera Dios que algun dia
le comas tú por incrédula.

ANT. No insista usted; á los locos
se les deja con su tema.
Matilde ya sabe donde
tiene su mano derecha;
y opino con fundamento
que estamos siendo unas necias
que de juguete servimos
para esta niña inesperta.

MAT. ¡Cómo! qué es lo que supones?

ANT. Rita me entiende.

RITA. Esa idea
ya hace dos horas que yo
la tengo entre ceja y ceja.

MAT. Sacadme por Dios de dudas.

ANT. Pregúntale á tu conciencia.

MAT. Rita, tú me lo dirás.

RITA. Para que luego me vendas,
y le digas á tu tio,
que á pesar de su reserva

yo he descubierto que estabais
entrambos en connivencia
para casaros?—Jamás;
no despegaré mi lengua.

MAT. ¿Eso suponeis de mí?

RITA. ¿Ve usted lo que es la conciencia?

(Á Doña Antonia.)

Ella misma se ha vendido.

ANT. (Ni sabe lo que se pesca.)

MAT. ¡Posible es que se me juzgue
tan mezquina y tan artera!

ANT. Cuando del que bien te quiera
desoyes las advertencias,
es de presumir, Matilde...

MAT. Cualquier cosa ménos esa.

(Llorando.) Todos se creen con derecho
para insultar á una huérfana.

RITA. (Jipando.) Viendo lágrimas me pongo
mas blanda que la manteca.

ANT. Obras son amores.

MAT. ¡Ay!

¡Si mi madre me viviera!

RITA. Vamos, no la riña usted:
ella es obediente y buena
y comprende la razon
con que todos la aconsejan.
Ya se lo dirá de un modo
que no afecte á la decencia.
Porque si á todo el que roba
no existiese otra manera
de llamársele ladron
más que con las cinco letras,
no habria por qué mandar
los presidiarios á Ceuta.

ANT. Pero si todo mi afan
es que de una vez comprenda
que con su tenaz silencio
quien se perjudica es ella.

MAT. Teneis sobrada razon.
Yo buscaré la manera
de averiguar el misterio
que en su proyecto se encierra.

SEVERO. (Dentro.) ¡Francisco!

ANT. Precisamente

es él!

RITA. Á buen tiempo llega.

Así en caliente las cosas
salen mejor. Usted venga
conmigo á la sala azul.

ANT. (Á Matilde.)

Vamos, valor y entereza.

MAT. Idos.

RITA. ¡De qué buena gana
le prestaría mi lengua!

Yo no me la muerdo nunca.

ANT. No es porque no la manejas. (Vánse.)

ESCENA II.

D. SEVERO, MATILDE.

SEVERO. Por ir huyendo del cisco
quiero salir de este encierro
y en la calle piso á un perro
y el perro me da un mordisco.
Salto hecho un mar de sudor
lo mismo que en la canícula
y me pega en la clavícula
con la cuba un aguador.
Ménos mal si tanta pena
me la procurase un martes;
¡pero hoy que por todas partes
trasciende ya á Noche-Buena!...

No podré olvidarme, no,
de fecha tan inhumana,
que el Señor nació mañana,
pero hoy he nacido yo.

MAT. ¡Pobre tío! ¿Quieres algo?

SEVERO. Quiero inquirir y saber...
porque, Matilde, á correr
á mí no me alcanza un galgo;
y en vuestra conducta noto,
por razon de mi experiencia,
que entre tanta reticencia
se fraguaba un alboroto.

Vas á explicarme con pausa
la base de ese proyecto,
pues ya que toco el efecto
quiero conocer la causa.

MAT. ¿Qué causa?

SEVERO. Mira, yo sé
lo mal que habeis recibido
mi plan; pero no he podido
darne razon del por qué.

MAT. Quimeras que tú te forjas,

SEVERO. Estas cosas me sublevan.
Tú has creido que se llevan
las quimeras en alforjas,
y que no hay que dar lugar
ni al criterio ni al deber
sino con solo querer
meter la mano y sacar.
Obrar es fuerza segun
la circunstancia en que estamos.
Siéntate aquí y discurramos
con el sentido comun.
Tienes novio? La verdad.

MAT. No, tio.

SEVERO. Y yo, ¿te disgusto?

MAT. No, tio.

SEVERO. ¿Querrás á gusto
presentarte en sociedad
llamándote mi mujer?

MAT. Sí, tio.

SEVERO. ¿Sin que á larga
pesada encuentres la carga...

MAT. No, tio.

SEVERO. ¿Ni hacerme ver
que cometí un desvario?

MAT. No, tio.

SEVERO. Mira, hija mia,
suprime esa letania
que ya sé que soy tu tio.
Yo no te ofrezco un eden
ni ningun sueño dorado;
pero un amor razonado
sí puedo ofrecerte.

MAT. Bien.

SEVERO. En mí no hallarás pasión
sino una fe duradera.

MAT. Bien.

SEVERO. No hay dicha pasajera
cimentada en la razón.
Si algún funesto vaiven
no me empobrece, soy rico.

MAT. Bien.

SEVERO. Yo á nadie sacrifico.
Francamente, ¿aceptas?

MAT. Bien.

SEVERO. ¡Vaya un bonito percal!
Pues bien digo yo también:
mas suprime tanto bien,
que me estás haciendo mal.

MAT. ¡Yo no sé, pobre de mí,
cómo agradarte consiga!
¿Pues qué más quieres que diga
si digo á todo que sí?

SEVERO. Que no me rompas el cráneo
con tanto ambiguo concepto,
y que respondas, «acepto,»
si es tu cariño espontáneo.
Si la familia conmigo
por causa ignota atropella,
yo no me caso con ella:
con quien me caso es contigo.

MAT. ¿Y cómo no lo ha de ser
si nada en contra se opone?
Lo que mi tío dispone
yo lo debo obedecer.
Risueño además me pinta
tu proyecto el porvenir.
¿Qué es lo que pueden decir?
¿que nuestra edad es distinta?
Los que tal suponen, obran
sin razón, porque se exaltan;
y no ven que á mí me faltan
los años que á tí te sobran.
¡Verás que vida llevamos
tan fecunda en parabienes,

toda vez que grandes bienes
al matrimonio aportamos!
Tú destinas tu caudal
al negocio: le acrecientas,
y vivimos con las rentas
de mi pingüe capital.
El tuyo se multiplica...
y aunque vivamos con fasto,
corre de mi cuenta el gasto...
¿porque yo debo ser rica!

SEVERO. (¡Hola!)

MAT. Verás nuestro tren
lucir en la Castellana...
envuelta en pieles de grana
y encajes de Valancien;
y el záfiro y el brillante
prendidos en mi cabeza
pregonar nuestra riqueza...
¿Yo debo tener bastante... (Con intencion.)

SEVERO. (¡Qué luz!)

MAT. Émula de Litz
daré conciertos de piano
cuando el calor del verano
nos transporte á Biarritz.
Veré Bañeras y *Pau*.
Constituye mi deseo
visitar el Pirineo...

SEVERO. ¿Sobre cuánto tendré yo?
(Su candor extraordinario
pone el secreto en relieve.)

MAT. Casémonos, tío, en breve.
¿Me enseñas el inventario? (Con intencion.)

SEVERO. ¡Tanta maldad no ereyera
de vosotros! (Levantándose.)

MAT. ¿Qué te forjas?

SEVERO. Que eché mano á las alforjas
y he sacado una quimera;
que aunque no nacen de tí,
ciertas dudas os oprímen,
sin calcular que es un crimen
el que se dude de mí.

MAT. ¿Qué estás diciendo? (¡Dios mio!

¡ya lo acertó!)

SEVERO. Vete, vete;
que no quiero ser juguete
de nadie.

MAT. Ya me voy, tío;
pero tal suposición
bien sabes que no merezco
cuando contenta te ofrezco
mi mano y mi corazón.
Ni yo he dudado de tí,
ni alcanzo en lo que pasó
que diera motivo yo
para que dudes de mí.

SEVERO. ¿Qué dices?

MAT. (Voy á probar
si confundirle consigo.)
Que has pensado que contigo
me casaba por lucrar,
y pues tal cosecha labra
tu desgracia á lo que infiero,
ser ya tu mujer no quiero,
te devuelvo tu palabra.

SEVERO. ¿Es decir que tú te enojas
y soy yo el descalabrado?

MAT. Sí señor, porque has tomado
el rábano por las hojas,
y aunque me cause dolor
nuestro trato está deshecho.
Yo sabré ahogar en el pecho
los impulsos de mi amor;
de amor desinteresado;
del primero que he sentido,
de amor franco, no vendido,
de amor... propio, no comprado;
del que soñamos los dos
partir en estrecha calma.
¡Ay! ¡me has herido en el alma...
pero te perdono!—Adios. (Váse.)

ESCENA III.

D. SEVERO, á poco CÁRLOS.

SEVERO. Harto inocente es su crimen;
me viene con paliativos
para ver si desvanece
la duda feroz que abrigo.
No es suya la iniciativa.
Más esperto y más dañino
debe otro ser agitarse
de mi familia en el círculo.
Quién pueda ser lo sospecho:
lo que ignoro es el motivo;
y estas cosas no se mentan
sin un funesto designio.
Primero adquiramos datos
porque me temo á mí mismo:
despues harto tiempo habrá
para aplicar el castigo.

CÁRLOS. (¡Malditas sean las cuentas,
los balances y los libros
y el hombre á quien se le debe
la invencion de los guarismos!
¡Vuelta otra vez á la carga!

(Viendo á D. Severo.)

(¡Qué pronto á vuelto mi tío!) *Ma*

SEVERO. (¡Cárlos! Acaso este sepa...)

Dí; ¿don Juan aun no ha venido?

CÁRLOS. No señor, el inventario
no cerré ya por lo mismo.

SEVERO. Pues hombre, para cobrarles
la cuenta á los inquilinos
no se debe tardar tanto.
Y el caso es que necesito
dinero: hace tres semanas
que debió haberlo traído.
¡Á no ser que se halle enfermo!
Despues ve á verle.

CÁRLOS. Bien, tío.

SEVERO. Hombre, ya que estamos solos

vas á ser franco conmigo.
¿Qué eran las frases cortadas,
las pullas y los suspiros
con que hace poco mi plan
de boda habeis recibido?

CARLOS. Tio, yo le quiero á usted
con la ternura de un hijo,
y aunque me cause... rubor
el tener que referírsele,
muy justo es que usted lo sepa
para poner correctivo.
No recuerdo quién...

SEVERO. Al hecho.

CARLOS. Pero alguien se ha permitido
decir que con esa boda,
trasformándose en marido,
saldaba el tutor las cuentas
en provecho de sí mismo.
Es una infame calumnia.

SEVERO. Por eso estoy tan tranquilo.
Pero dime, ¿no recuerdas
quién te lo puede haber dicho?

CARLOS. ¿Matilde? no.

SEVERO. Pues bien, otro.

CARLOS. Tal vez Rita...

SEVERO. ¡Olvidadizo!
Piensa á ver si fué... tu madre.

CARLOS. ¡Cómo!

SEVERO. Tu madre, repito.

CARLOS. Mi madre tendrá otras faltas;
ingrata nunca lo ha sido.

SEVERO. Pues á no ser tú, no acierto
á salir del laberinto.

Matilde es harto inocente
para formar ese juicio;
y Rita... no, es imposible
que pudiera permítirsele,
ni de hacerlo, hallar podria
eco alguno entre los míos.

CARLOS. Dude usted antes de mí
que de mi madre.

SEVERO. Buen hijo,

tú la debes defender;
pero yo tengo motivos
para saber quién es ella.
Desde que eramos chiquitos,
hasta que cursé derecho,
fuimos novios, y reñimos
harto yo de que por nada
me armase cien caramillos.

CARLOS. No hablemos más de este asunto.

SEVERO. Tienes razon: tu sigilo
no ha de darme ya más luces
de las que adquirí yo mismo.
¡Ah! toma: al entrar me dió
para tí esta carta un chico.
(Cárlos lee la carta.)
(Yo sé lo que hacer me toca.
Pues de un modo tan inicuo
se duda de mí, probar
mi inocencia debo hoy mismo.
Mañana en poder de un juez
la tutela deposito.
Voy á ver á mi abogado.)

CARLOS. ¡Infeliz! ¡está perdido!

SEVERO. ¿Quién?

CARLOS. Un amigo entrañable.
Oiga usted. ¡Pobre Ramiro!
«En la calle de Alcalá
»y en un inmundo garito
»donde el honor y el dinero
»se pierden juntos, te escribo
»con el alma hecha pedazos
»y el corazon oprimido.
»La escasa consignacion
»que mensualmente percibo
»y que es el pan de mi madre,
»toda, toda la he perdido,
»con tres mil reales más
»que en mi ciego desvario
»jugué sobre mi palabra,
»que es hipoteca del vicio.
»Yo robaré el alimento
»de mi boca si es preciso,

»del sueño me privaré,
»me impondré mil sacrificios.
»Pero sácame al instante
»de este infierno en que me agito,
»que es la desesperacion
»tan resuelta cómo el vicio...
»y matar temo á mi madre
»si de un vil al mundo privo.»

SEVERO. Este te quiere estafar;
debe ser un gran perdido.

CARLOS. Yo tengo unos mil reales
economizados, tio.
Puesto que, segun costumbre,
siempre por Pascuas percibo
los dos mil de mi trimestre,
présteme usted el servicio
de anticiparme esa suma
para salvar á mi amigo.

SEVERO. El que juega es un bribon
y el que le protege un pillo.
Yo creo que ni á mi padre
le perdonaba ese vicio.
Mucho te honra el interés
que te inspira el desvalido;
pero el mundo no conoces
porque aun eres harto niño.

CARLOS. Será capaz de matarse
si yo no acudo en su auxilio.

SEVERO. No tengas miedo; mañana
tomará café en el Suizo.

CARLOS. Piense usted que...

SEVERO. Piensa tú
que ante todo no eres rico,
que teneis entrambos madres
á quienes servir de alivio,
y que si él es hijo malo
tú eres en cambio buen hijo.

CARLOS. Pero...

SEVERO. Vamos, que no quiero;
no puedo ser más explícito.

CARLOS. (¡Maldito el dinero sea!)

SEVERO. Conque adios, y mucho juicio,

que tú me darás las gracias.
(Tiene un corazon tan rico...
que se quedaria en cueros
por dejar á otro vestido)

ESCENA IV.

CARLOS.

Si supiese quién es él
no le tratara mi tio
de ese modo. ¡Tan amante
que es de su madre! Me irrito
de ver el uso que dan
á su dinero los ricos.
¡Qué funestas consecuencias
lleva la ambicion consigo!
De su cabeza Matilde
tiene el corazon cautivo,
en tanto que á la deshonra
va á rendir parias Ramiro.
¡Infeliz! ¡Si yo pudiese
prestar á su pena alivio!
¿Y á quién acudo si en casa
todo sale de un bolsillo?...
¡Si hallara quién me dejase
la suma que necesito!
Con la paga de mañana
saldaba la cuenta y... Brinco
de coraje y de...

ESCENA V.

DICHO y la SEÑORA RITA con billetes de banco y monedas
de oro.

RITA.

Don Juan
el procurador, que vino
por más señas muy de prisa,
porque dice que á su niño
le tiene con sarampion
muy malito, muy malito,
pues se le ha metido dentro

por darle un refresco frio
contra la órden del Doctor,
que se los mandaba tibios
á fin de hacerle sudar,
este dinero ha traido.

CARLOS. (¡Ah! ¿no es esto una ocasion
que me depara el destino?
Tomo lo que me hace falta
para salvar á Ramiro:
repongo mañana el déficit
con lo que me dé mi tio,
y hago la entrega completa.)
Venga.—(Toma el dinero.)

(¡Lo que es el delito!
no voy á hacer ningun mal,
y me ha entrado un sudor frio...)

RITA. (¡Qué desconfiado que es!
¿se lo mete en el bolsillo!
¿Si habrá pensado que á mí
me gusta lo que no es mio?)
Pues señor, la verdad es
que Dios no debe dar hijos
á quien no sabe criarlos.
La madre de ese angelito
se pasa el dia poniéndose
pingajos en el vestido
para salir al balcon
á que la vea el vecino,
mientras que el pobre don Juan
va siempre sudando el quilo
para ganar los garbanzos.

CARLOS. (¡No sé qué temor abrigo!)

RITA. Y el vecino es jugador,
me lo lia contado Francisco.

CARLOS. Sí, le conozco. (Maquinalmente.)

RITA. Le habrá
visto usted en el Casino.

CARLOS. No sé. (¿Qué crimen cometo?)

RITA. Ó en el teatro del Circo;
porque él va allí á hacer el oso
á una suripanta; ¡y digo!
que la hace cada presente...

- Mi sobrino me lo ha dicho
quejándose del escándalo
que dan; porque tiene un primo,
que es sacristan de San Luis,
que habitaba el quinto piso
de la casa que ella vive...
- CARLOS. (¿Qué dudo? ¿no doy lo mio?)
Diga usted, señora Rita...
- RITA. Mándeme usted, señorito.
- CARLOS. Usted que todo lo sabe...
- RITA. Apostemos que adivino
lo que llama su atención.
- CARLOS. No será extraño.
- RITA. De fijo
del llanto de su primita
conocer quiere el motivo.
- CARLOS. No tal.
- RITA. Pues es que ella gusta
de un cadete muy guapito
que es hijo de un general;
y como ya con su tío
se encuentra comprometida...
- CARLOS. Es que...
- RITA. Ella no me lo ha dicho;
pero yo lo he descubierto;
porque aunque ese jovencito
ronda hace días la calle,
no se me había ocurrido
que viniese por Matilde:
pero hace poco la he visto
que estaba haciéndole señas
por detrás de los visillos.
Por supuesto no haga usted
uso de lo que le digo,
porque es solo una sospecha
que á usted se la participo
por si quiere averiguarlo
por conducto fidedigno.
- CARLOS. Cuanto concierna á Matilde
por inútil lo suprimo.
- RITA. Claro está: despues de aquello...
Pero usted aun no me ha dicho

lo que quiere.

CARLOS. ¿Por ventura
me ha dejado usted decírselo?
¿Sabrá usted darme noticia
de dónde está?...

RITA. ¿El cadetito?

CARLOS. No; cierta casa de juego
que hay, según tengo entendido,
por la calle de Alcalá.

RITA. (¡Jesus! ¡frecuenta garitos!)
Yo no lo sé, no señor;
pero el lacayo Francisco
podrá decírselo á usted,
porque... ¿Mañana es domingo?
pues mañana hará ocho días
que en esa casa el muy pícaro
perdió, si mal no recuerdo,
doce pesetas y pico
que le sacó á su señor
para un freno y un cepillo.
Voy á que me dé las señas.

CARLOS. Deje usted, iré yo mismo.
Adios.— ¡Ah! se me olvidaba.
No le diga usted al tío
que don Juan trajo estos fondos,
pues disponer necesito
de una parte hasta mañana;
y por no ir con anticipos...

RITA. (¡Jesus Maria y José!
¡jugador también! ¡qué pillo!
¡y quiere que yo le sirva
de tapadera!) Carlitos,
hijo mio, reflexione
que corre usted gran peligro...

CARLOS. Señora Rita, por Dios;
no forme usted malos juicios,

RITA. Mire usted que en broma en broma
puede usted verse lo mismo
que el hijo del zapatero
de la calle del Olivo;
que aun vivía don Manuel,
que en paz descansa, y el chico

jugaba por aficion
en su casa los domingos;
hasta que insensiblemente
la aficion se volvió vicio,
y en Ceuta le tiene usted.
¿Cómo se llama?—Francisco;
sí; del de el cuatro de octubre,
que aunque no nació hasta el cinco
le pusieron ese nombre
por ser el de su padrino.

CARLOS. Pues no tema usted por mí,
que ya no soy ningun niño;
y ademas que mi intencion
no es esa, sino... ¡Mi tio!

ESCENA VI.

DICHOS y D. SEVERO.

SEVERO. ¿Qué es eso? vas á salir?

CARLOS. Segun usted me previno
iba á casa de don Juan.

SEVERO. Es verdad. Pues vuelve listo,
que hay una liquidacion,
que hacer me interesa hoy mismo.

CARLOS. Adios. (Ap. á Rita.) (Silencio.)

RITA. (Ap. á Cárlos.) Don Cárlos,
puede usted irse tranquilo;
secreto que me confian
no me lo arrancan ni á tiros.
(Váse Cárlos)

ESCENA VII.

D. SEVERO y la SEÑORA RITA.

RITA. (Rita con intencion.)
Se va á casa de don Juan.

SEVERO. Eso parece.

RITA. Es buen chico:
va á cobrar los alquileres.

SEVERO. Lo supongo.

- RITA. Por lo visto
no trajo don Juan los fondos.
- SEVERO. Sin duda.
- RITA. Ya lo colijo.
Señor, harto sabe usted
que yo jamás me he metido
en cosas que no me importan;
mas no desprecie mi aviso.
Viva usted por Dios alerta
que por su bien se lo digo. (Con misterio.)
- SEVERO. ¿Me quiere usted explicar
ese enigmático estilo?
- RITA. La juventud no medita,
la vida es un precipicio,
los ambiciosos abundan,
el mal tiene su atractivo,
y aunque quisiera callar
le debo á usted infinitos
favores, y hace muy poco
que al Señor he recibido
para que acceda á ser cómplice
de semejante delito.
- SEVERO. Señora, reviente usted
con mil diablos.
- RITA. (Siempre con misterio.) Ha venido.
- SEVERO. ¿Pero quién?
- RITA. Él.
- SEVERO. Enterado.
¿Quién es él?
- RITA. El susodicho;
el que recauda los fondos.
- SEVERO. ¡Cómo! ¿don Juan?
- RITA. Cabalito.
- SEVERO. ¿Y qué?
- RITA. Que el dinero trajo.
- SEVERO. ¿En dónde está?
- RITA. En el bolsillo
de don Carlos.
- SEVERO. ¡Cómo! ¿es él
quien la cuenta ha recibido?
¿Pues no dice que iba á verle?
- RITA. (Con explosion.)

Donde marchó es á un garito
de la calle de Alcalá
con los fondos de su tío.

SEVERO. ¿Qué dice usted?

RITA. Señor, juega.

SEVERO. No es posible.—(¡Ah! ya adivino
por qué ocultar la venida
de don Juan se ha permitido.
Ha dispuesto de esos fondos
para salvar á su amigo
mientras percibe su paga;
y como no ha obedecido
las órdenes que le dí ..
¡Qué corazon tan magnífico!
La intencion lava la culpa.)

RITA. Yo estuve como un martillo
machaca que te machaca;
pero de nada ha servido.

SEVERO. Tiene usted, Rita, la lengua
más viperina que he visto.
Cárlos se marchó á esa casa
porque debió, porque quiso,
porque tiene allí un negocio,
porque le mandé yo mismo.

RITA. (¡Calle! ¡él mismo le mandó!
¿Será que estan convenidos
y este prestará el diuero
que va á apuntar su sobrino?)

SEVERO. Y hágame usted el favor
de corregirse ese vicio,
que es la boca de usted vaina
de un alfanje damasquino.

RITA. Lo que es eso, don Severo,
no puedo yo permitirlo.
Todos nos equivocamos
formando á veces un júicio,
pero mi intencion es santa.
Ni yo en mi vida he tenido
que acusarme de embustera,
ni ménos del torpe vicio
de irle con chismes á nadie.
Por mí no habrá usted sabido

que la cocinera compra
tres cuartas de solomillo
y que sin ley ni conciencia
le pone en la cuenta cinco.
Tampoco seré yo causa
de que sepa que Francisco
se juega al monte el dinero
que le dan para utensilios
de cuadra, ni que el jamon
de Granada, aquel tan rico
que se compró para usted,
está lleno de pellizcos
que doña Antonia le dá
siempre que entra en el cuartito.
Pues ya ve usted si sé cosas
y con todo no las digo.

SEVERO. Dejemos estos asuntos
por inocentes, por frívolos,
y hablemos de cosas serias.
¿Quién el Iscariote ha sido
que ha propalado la voz
de que yo el proyecto abrigo
de casarme con Matilde
por el interés mezquino?

RITA. Claro está. Ya no habrá cosa
grande ni chica á su juicio
de que no tenga la culpa
la pobre Rita.

SEVERO. No digo
que tenga la culpa usted.
La pregunto quién ha sido,
y usted que todo lo sabe
podrá sin duda decírmelo.

RITA. ¿Supondrá usted que es un chisme?
Es que si no cierro el pico.
Pues lo ha dicho doña Antonia.

SEVERO. (Bien supuse.) ¡Y qué motivo
le puede haber impulsado...

RITA. ¡Es usted lo más bendito!
¿Quién es aquí la heredera
si usted muere?

SEVERO. No adivino...

- RITA. Pues como es muy natural
que cuando falte su tío
cargue con todo Matilde,
doña Antonia, que ha sabido
que la chica era gustosa
de casarse con su tío...
por ambición por supuesto,
que ella solo busca el trigo:
se ha forjado tal calamnia
para romper esos vínculos,
y ver si puede casar
á la chica con el chico.
- SEVERO. ¡Cómo! Carlos y su prima...
¡Qué rayo de luz percibo!
Sí, ya me explico el disgusto
que en todos ha producido
mi proyecto. Ellos se amaban,
é ignorando su cariño
quise llenarlos de luto
con ese enlace ridículo.
¡Por sumisión, por respeto
ni una queja han proferido!
Ciego estoy cuando una cosa
tan natural no la he visto.
Yo sabré hacerlos felices
aun á costa de mí mismo.
- RITA. ¿Pero qué está usted diciendo?
¿Casar pretende á los chicos
cuando no se pueden ver?
- SEVERO. ¿Pues no se quieren?
- RITA. Lo mismo
que perro y gato. Señor,
madúrelo usted con juicio,
que eso fuera realizar
de doña Antonia el designio.
- SEVERO. Es usted, buena mujer,
el animal más dañino
que come pan en el mundo.
Voy á ponerme al abrigo
de su escarpelo feroz;
que el sentimiento más digno
con su aliento venenoso

debe quedarse marchito.
(Esta víbora es capaz
de volver á un santo el juicio). (Váase.)

ESCENA VIII.

RITA.

La culpa la tengo yo
por querer prestar servicios
á gente tan descastada,
que muchísimos domingos
se quedan sin ir á misa
por dormir.—¡El señorito! (Viendo á Carlos.)

ESCENA IX.

DICHA y CÁRLOS que entra agitadoísimo.

RITA. ¡Jesus y qué desconcierto!

CARLOS. Rita, Rita, estoy perdido.

RITA. Viene usted muy encendido.

CARLOS. Como vengo, Rita, es muerto.

RITA. ¿Pues qué ocurre?

CARLOS. Que sufrir
no puedo tanto dolor,
y me siento sin valor
para dejar de existir.

RITA. ¡Morir! ¿qué esta usted diciendo?
¿qué razon hay que convenza...

CARLOS. ¿No ve usted que la vergüenza
me está el corazon royendo?
que al borde estoy de un abismo,
que he deshonrado mi nombre,
que estoy siendo, en fin, un hombre
que se repugna á sí mismo?

RITA. Pues por una frusleria
que se mate no lo espero;
que á usted seria el primero
que luego le pesaria.
Cuenta usted; que hablar es buena
cura para el que padece.

- Á mí hablando me parece
que se me quita la pena.
- CARLOS. Por el noble sentimiento
de la amistad impulsado,
y con el pecho agitado
por la emocion y el contento
del que un bien va á dispensar,
subí á esa casa maldita
donde el hombre ya se quita
la vergüenza para entrar. *lii*
Junto á una mesa agrupados
ví cien seres expresivos
de seres que convulsivos
contaban oro á puñados.
Pero el vicio aterrador
su cáncer al mundo evita,
y enmascarado le incita
con un prisma seductor.
Por eso entre aquel enjambre
no juzgué en mi inesperienza
que en el juego la opulencia
se alimenta con el hambre.
Y al recordar la pasion
que Matilde me inspiraba,
viendo que ella postergaba
mi cariño á su ambicion,
con el ejemplo que allí
dejóme la suerte ver,
los ojos cerré al deber,
me lancé, jugué y perdí.
- RITA. ¡Jesus, el demonio inspira
siempre al hombre lo peor!
(Vamos, que venga el señor
á decirme que es mentira.)
Ya le dije á usted que fuera
con pies de plomo á esa casa.
Yo no sé lo que me pasa...
- CARLOS. Daria mi vida entera
por poderle devolver
á mi tio ese dinero.
- RITA. ¡Virgen santa! Don Severo
cuando lo llegue á saber

- ¿qué no dirá? Con razon
va á perder algun estribo.
- CARLOS. Sí; yo le he dado motivo
de que me llame ladron.
De mi madre la amargura
hoy recibe el primer sello.
Antes que pasar por ello
cometo cualquier locura.
- RITA. No diga usted más sandeces
porque pierdo la paciencia.
Piense usted en la Providencia.
¿Qué sabemos, hombre? á veces...
Mire usted, yo he conocido
á un caballero de Priego
que por el maldito juego
quedó en la calle perdido;
y fué ya tanto el fervor
conque á Dios pidió contrito
el perdon de su delito,
que, en servicio del Señor,
del Cristo de la Agonia
como hermano entró en el gremio.
Pues al mes le tocó al premio
gordo de la loteria.
Ya pensaremos los dos
á ver lo que más conviene.
- CARLOS. ¡Silencio! ¡Mi madre viene!
que nada sepa por Dios.

ESCENA X.

DICHOS y DOÑA ANTONIA.

- ANT. ¿Qué hacen ustedes aquí?
tu tio te anda buscando.
- CARLOS. Voy, madre.
- ANT. Cárlos, ¿qué tienes?
Hijo mio, tú has llorado.
- CARLOS. No lo creas.
- RITA. Sí señora.
- CARLOS. (¿Qué?) (Ap. á Rita.)
- RITA. (Ap. á Cárlos.) Déjelo usted á mi cargo.
El chico está pesaroso

porque cualquiera en su caso
lo mismo haria.—Matilde...
cosas al fin de muchachos:
no se ha dignado admitir
el cariño con que Cárlos
con el fin mejor del mundo
no hace mucho la ha brindado;
y él, corazon de buen alma
víctima del desengaño
primero que ha recibido,
tan á pechos lo ha tomado
que está que ahogársele puede
con un cabello.

ANT. Si es claro;
si yo ya lo tengo dicho,
que es el enemigo malo
la tal Matilde. Quisiera
que me estuviera escuchando
para decirla el por qué
desprecia el amor de Cárlos.
Si ella piensa que soy tonta...
Pero, hijo, tú no hagas caso;
que el cariño de tu madre
no ha de faltarte.

RITA. Vamos,
aquí viene Matildita:
más á tiempo ni de encargo.

ESCENA XI.

DICHOS y MATILDE.

ANT. Puedes en tu obra gozarte:
contempla á tu primo Cárlos,
que es una hazaña la tuya
digna del mayor aplauso.

CARLOS. No insistais

MAT. ¿Qué estás diciendo?

RITA. (Pues esta le canta claro.)

ANT. Que puedes en tu ambicion
dar á Severo la mano
de esposa, sin reparar

que has inferido un agravio
de muy torpe condicion
á un hombre que por su daño
tuvo la debilidad
de amarte con entusiasmo
como lo prueban sus lágrimas.

MAT.

¿Deliras ó estoy soñando?

Ni yo mi cariño vendo
ni á las lágrimas de Cárlos
encuentro razon de ser,
cuando con fé y entusiasmo
le tengo en el corazon
ha mucho tiempo grabado.

CARLOS.

¿Qué escucho?

ANT.

¿Será posible?

Ven, hija mia, á mis brazos.

RITA.

Me alegro, vamos, me alegro.
(No me engaña ningun chato;
la niña tiene su plan.)

ANT.

¡Si me costaba trabajo
tener que pensar de tí
tales cosas! Hijo, Cárlos,
parece que no te alegras.
¿No eres feliz?

CARLOS.

Al contrario.

(Doña Antonia se pone á hablar con su hijo, y en el
interin la señora Rita le dice aparte á Matilde.)

RITA.

(No es la tristeza por eso.)

MAT.

(¿Qué?)

RITA.

(Ya hemos averiguado
quién defraudaba los fondos:
el ambicioso de Cárlos
que ahora acaba de jugarse
la cuenta de inquilinatos!

MAT.

(¿Qué dices?)

RITA.

(Que es un bribon!

que solo busca los cuartos,
y al perder tu dote se echa
á los pies de los caballos.)

MAT.

(¡Dios mio! ¡qué repugnante!)

RITA.

(Quede el tio vindicado.)

MAT.

(Me avergüenzo de tal duda.)

- RITA. (Pues silencio.) Vamos, vamos,
cuánto celebro que al fin
se haya el asunto arreglado.
- ANT. ¡Pues si es lo más natural
que se quieran dos muchachos!
Pero este chico está triste.
- MAT. (¡Qué terrible desengaño!)
- CARLOS. (Dios mio, ¡cuánto padezco!)
- RITA. Señores, el amo, el amo.
- ANT. Matilde, ten entereza.
- CARLOS. Tiemblo de verle á mi lado.

ESCENA XII.

DICHOS y D. SEVERO.

- SEVERO. ¿Qué es eso? ¿Solo á mi vista
ya os quedais petrificados?
Pues deponed ese ceño
y oidme, que voy á daros
una noticia agradable.
Matilde y yo nos casamos.
- ANT. (Ap. á Matilde.) (Habla, la ocasion es esta.)
- MAT. (¡Pobre tio! Y yo he dudado...)
Yo...
- ANT. Bien...
- RITA. Bueno...
- CARLOS. (¡Qué suplicio!)
- SEVERO. ¿Ya me venis con vocablos?
¡Mire usted que es mucho cuento
que nunca habeis de ser francos!
Mereceis que se os castigue,
pero de un modo inhumano:
y es tanta mi indignacion,
mi ciego furor es tanto,
que atropellando por todo
lo voy á llevar á cabo.
- ANT. ¿Cómo?
- SEVERO. Que quiero vengarme,
y al efecto, en mi arrebató
mando que sin dilacion...
se casen Matilde y Cárlos.

- ANT. ¡Dios mio! ¿será posible?
- RITA. (Ap. á D. Severo)
(Señor, usted no ha pensado que ese es el plan de su prima, y que infelices casándolos serán los chicos, pues no pueden verse ni pintados.)
- SEVERO. (Ap. á Rita.)
(Señora Rita, en mi casa no hay más dueño ni más amo que yo, y lo que yo dispongo se obedece bueno ó malo.)
- ANT. (Con alegría.)
Bien hice yo en suponer que aquel plan descabellado encerraba otra intencion. ¡Si no es posible engañarnos conociendo tu caracter y ese corazon tan sano, que solo sabe hacer bien á los que estan á tu lado!
- RITA. (Ap. á D. Severo.)
(¡Mire usted cómo se alegra!)
- SEVERO. Bueno, deja el incensario, que si estais todos contentos no ambiciono más aplauso. ¡Pero estos chicos, qué mustios estan!
- ANT. Hijos, alegraos.
- SEVERO. Vaya, erguid esas cabezas, dadle á este viejo un abrazo, y sellad vuestro cariño con un apreton de manos.
- MAT. Tio, yo agradezco á usted el móvil que le ha impulsado; pero yo no puedo, no quiero llamarme esposa de Cárlos.
- RITA. (Ap. á D. Severo.)
(¡Si se quieren que se adoran!)
- SEVERO. ¡Cómo!
- ANT. ¡Qué estoy escuchando?
- CARLOS. (¡Dios mio!)

- ANT. Vas á explicarme
la causa de ese arrebato:
quiero saber el motivo
que á obrar así te ha impulsado,
porque un insulto grosero
juzgo estar adivinando.
- RITA. (Ap. á D. Severo.)
(¡Mire usted cómo la escuece
desprenderse del bocado
que le habia dado al dote.)
- SEVERO. Habla.
- CARLOS. ¡Soy pobre!
- MAT. Rechazo
suposicion tan indigna.
Si ahora te niego mi mano
no es por el vil interés,
sino porque yo no te amo...
aun más; porque te aborrezco.
- TODOS. ¡Cielos!
- RITA. (Ap. á D. Severo.)
(¿Lo está usted mirando?)
- SEVERO. (¿Si Rita tendrá razon
y estaré ciego, ofuscado?)
- ANT. Todo lo comprendo al fin:
con hipócritas halagos
á todos nos has vendido,
mientras de un modo villano
de tus miras ambiciosas
tocas hoy el resultado.
Sí, cástate con Severo;
tu objeto es digno de aplauso.
No se puede ser feliz
sin tener oro á puñados.
- RITA. (Ap. á D. Severo.)
No se case usted, señor;
no le quiere á usted ni tanto;
sino que por ambicion
accede á darle su mano.
- SEVERO. (¡Será cierto!) Muy sensible
me es haberme equivocado;
pero no tiene remedio;
y pues por lo dicho alcanzo

que Matilde aprueba al fin
aquel plan... descabellado,
le haré una revelacion,
que si no influye en su ánimo,
con orgullo, al pie del ara
la llevaré por mi mano.

RITA. (¡Qué será!)

SEVERO. (Van á venderse
sin querer.) (Silencio, Cárlos.)
Llevado del mejor celo
y del objeto más santo,
de Matilde, el patrimonio
con mis fondos asociado
casi llegué á duplicar
en negocios arriesgados;
pero un cúmulo imprevisto
de inevitables quebrantos
á ménos de una mitad
reducido le ha dejado.

TODOS. ¡Cómo!

ANT. Aprende á conocer (Á Matilde.)
si te dan consejos falsos.

SEVERO. (Antonia fué.) Habla, Matilde.

MAT. (De pena me estoy ahogando.)
No toquemos este asunto...
soy aun muy niña... no alcanzo
por qué atropellais sucesos...
que...

RITA. (Ap. á D. Severo.)

Vaya; ¿lo está usted mirando?

SEVERO. ¡Miserables! Todos, todos
sois conmigo unos ingratos,
que sin compasion el alma
me estais haciendo pedazos.
No padezca tu ambicion: (Á Matilde.)
tus fondos estan doblados.
Si no he malversado nada (Á Doña Antonia.)
¿por qué hacerme tanto daño?

ANT. Severo, tú me acriminas
sin que haya abierto mis labios.
Pregúntaselo á Matilde.

MAT. Yo no he dicho...

- RITA.** ¿Qué apostamos á que á echarme van las culpas de todo lo que ha pasado?
- ANT.** Puede.
- SEVERO.** Rita es inocente; yo la defiendo.
- ANT.** Lo alcanzo, toda vez que en el complot juega un papel mercenario.
- SEVERO.** Yo sé lo que hacer me toca. Vente tú conmigo, Cárlos.
(Vánse Cárlos y D. Severo.)
- RITA.** Matilde.
- MAT.** Déjeme usted. *(Váse.)*
- RITA.** *(Á Doña Antonia.)*
 No recuerda usted que estábamos...
- ANT.** Vaya usted á rezar, señora. *(Váse.)*
- RITA.** Pues hombre, ¡vaya un descaró!

ESCENA XIII.

RITA.

¡Pues si el amo no me auxilia mi buen nombre comprometen!
 No hay más remedio, me ineten en un chisme de familia.
 ¿Quién habrá armado un belen de semejante calibre?
 ¡Jesus! el Señor nos libre de una mala lengua, amen.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. SEVERO y CÁRLOS, con documentos en la mano.

SEVERO. Cuando al hombre se le vuelve
la fortuna del revés
no hay más que tener paciencia
y esperar que sople bien.
Vete al Banco, y con mi firma
descuenta estos pagarés.
Recorre toda la banca;
malvende todo el papel,
y hazte al momento con fondos
sin tasa en el interés,
que de un millon efectivo
necesito disponer
para mañana á las doce.

CÁRLOS. Pero tío, yo no sé
por qué con tanta premura
buscando fondos va usted
cuando tenemos previstos
los pagos de todo el mes,
y escasos cinco mil duros
nos quedan por atender.

SEVERO. Este es un secreto, Cárlos,

de muchísimo interés,
y del que más tarde pueda
darte noticia tal vez.

CÁRLOS. Pero tío, no es posible
que sin decirme el por qué
vaya á cumplir unas órdenes
tan absurdas á mi ver.

SEVERO. ¿Por qué son absurdas, Cárlos?

CÁRLOS. Porque usted sabe muy bien
que al tipo que está el descuento,
y al precio que está el papel,
causaba esa operacion
la bancarrota de usted.

SEVERO. ¿Y qué importa mi ruina
si mi honor se salva?

CÁRLOS. ¿Qué?

SEVERO. Dudan de mí y probar debo
que soy un hombre de bien.

CÁRLOS. Muy alto esos hechos, tío,
hablan en favor de usted;
pero ahora ménos que nunca
puedo yo prestarle á ser
instrumento de una causa
que á mí me afecta tambien.

SEVERO. No te entiendo.

CÁRLOS. Que esas dudas
las hace partir usted
de mi madre, y yo no puedo
sin quien soy dejar de ser,
tolerar esa calumnia
ni aun usted siendo quien es.

SEVERO. El primero en aplaudir
soy tu conducta; haces bien;
pero el autor del insulto
ya no excita mi interés.
El hecho es que me deshonoran
y me debo defender.

CÁRLOS. ¿Posible es que en indignancia
quiera usted trocar su tren
por una frase vertida
por una infame tal vez?

SEVERO. ¡Cómo!

- CARLOS. Rita.
SEVERO. ¿Rita?
CARLOS. Sí.
SEVERO. ¡Qué poco la conocéis!
Su lengua no reproduce
sino las cosas que ve.
Charla mucho; mas no inventa.
CARLOS. Se la puede defender.
SEVERO. Y aunque ella fuese la causa,
¿por ventura encuentras bien
que la apoyen y hagan todos
en esta farsa papel?
CARLOS. Me hieren tales sospechas,
y me aconseja el deber
que antes de dar ese paso
los hechos le aclare á usted.
SEVERO. ¿Adónde vas?
CARLOS. Á llamarlas,
y que digan de una vez...
SEVERO. Las órdenes que yo doy
forman para todos ley,
y bien dispuestas ó mal
se deben obedecer.
Vete á hacer lo que te he dicho.
CARLOS. Bien está, tío, me iré.
(Mas no espere que yo cumpla
su mandato hasta saber...
Mi delito de mordaza
me está sirviendo tambien.)
SEVERO. Vete, Cárlos.
CARLOS. Tío...
SEVERO. Vete.
CARLOS. (Madre, por tí velaré.) (Váse.)

ESCENA II.

D. SEVERO, á poco MATILDE.

- SEVERO. Lóbrego y sin fondo, abierto
miro un abismo á mis pies;
mas no importa, que me asusta
más que el mañana el ayer.

Si sumido en la miseria
me mira el mundo despues,
podrá decir: «quedó pobre
porque era un hombre de bien.»

MAT. ¡Gracias á Dios que te encuentro!

SEVERO. ¿Qué quieres de mí?

MAT. Saber

por qué nos diste esa escena
no hace mucho.

SEVERO. ¿Y el por qué
no has podido sospechar?

MAT. Vosotros me suponeis
un talento tan precoz
que por fuerza he de saber
sin despegar vuestros labios
lo que decirme quereis.

SEVERO. Harto sabes que á favor
de una calumnia soez
de mi familia en el seno
jugando estoy el papel
más ridículo del mundo.
¿Por qué callaros? ¿Por qué
cuando loco ó visionario
pero lleno de honradez,
mi plan absurdo os propuse
no fuisteis francos los tres
para decirme: «el amor
»nunca se limita á hacer
»lo que dicta la cabeza;
»y tú habrás visto despues
»que tomabas por cariño
»lo que era todo chochez.
»Sí soy niña, tú eres viejo!
»yo respetarte sabré,
»pero quererte jamás;
»que entre el amor y el deber
»está el recuerdo que á Cárlos
»guardo desde la niñez.»
Y no que con el silencio
más criminal, más cruel,
sin miramiento á mis canas,
sin ver mi hombría de bien,

mi fama llevais en lenguas
y mi honor entre los pies.
Ni es propio, noble, decente,
ni justo tal proceder.

MAT. Si los hechos á tu arbitrio
vas comentando, tal vez
con razon nos acrimines;
pero si del interés
particular te despojas
y cual son los quiere ver,
recordarás que el amor
de mi primo desprecié.

SEVERO. Por causas que no se ignoran.

MAT. Pues te equivocas tambien,
que fué... por causas que callo
porque no debes saber. (Muy marcado.)

SEVERO. ¿Qué?

MAT. Y en cuanto á la calumnia
que tus frases con doblez
me achacan, si del autor
quieres noticias tener,
la señora Rita acaso
fidedignas te las dé.

SEVERO. ¡La señora Rita! ¡Cómo!
¿tú la acriminas tambien?

MAT. Parece que no conozcas
á las personas. Pues qué,
¿nada te dice ese afan
de inquirir y de saber
que más que del pan que come
se nutre Rita con él?
Y esa lengua que en la boca
gime presa al parecer,
pues asomada á la reja
de continuo se le ve,
¿no te está diciendo á gritos
que solo destila hiel,
y que á todo el que la asesta
infecta con su hediondez?
No te ciegue el misticismo
ni el santo fervor con que
sus faltas encubre astuta;

que si blasonar la ves
de su piedad con el prójimo,
y acaso á tí alguna vez
llegaron sus beneficios,
has debido comprender
que tanta virtud la misma
de los sinapismos es;
que á costa de mucho daño
nos hace un poco de bien.

SEVERO. Lo cierto es que en casa todos
estais jugando al cordel
con una gracia especial;
y segun las cosas veis,
uno tira y otro afloja
para que me enrede en él.

MAT. No te comprendo.

SEVERO. Que Rita
podrá sus faltas tener
como todos las tenemos;
pero que en vano quereis
sacudiros vuestras culpas;
porque si al cabo igual es
para mí la consecuencia,
voy á cumplir mi deber,
y veremos de este modo
si descanso de una vez.

MAT. ¿Pues qué intentas?

SEVERO Realizar.
mis fondos.

MAT. ¿Y para qué?

SEVERO. Para rendirte las cuentas
de lo que forma tu haber,
y depositar mañana
la tutoria en un juez.

MAT. ¿Qué has dicho? eso es imposible:
yo no he comprendido bien.
¿Separarme de tu lado
para entregarme á merced
de un hombre que su cariño
cifrará en el interés,
y que en lugar de su boca
pondrá en mis manos la ley?

Se que es solo una amenaza
y me hace un daño cruel.

SEVERO. Mañana mismo, Matilde,
ceso en mi cargo.

MAT. Pues qué,
¿será verdad?

SEVERO. Yo en mi vida
he mentido ni una vez.

MAT. (Llorando.) Madre mia de mi alma,
¿por qué te perdí, por qué?
—Ya que de una pobre huérfana
(Con gravedad.)
que tanto le quiso á usted
así desprecia el cariño,
la lealtad y el interés
que de su segundo padre
le inspiraba la vejez;
ya que vilmente arrojada
del paterno hogar se ve
para comprar con dinero
lo que no venden con él,
ya que este llanto no alcanza
su alma dura á conmover,
ya que hasta el santo recuerdo
de mi madre huella usted,
y ya, en fin, que así me insulta
con su indigno proceder,
dejaré esta casa al punto:
me dará abrigo la ley,
usted vivirá feliz,
yo de pena moriré;
pero todo lo perdono
porque valgo más que usted. (Váse.)

ESCENA III.

D. SEVERO, á poco RITA.

SEVERO. Es verdad; tiene razon;
me ha llegado á conmover.
Esto no es cumplir las órdenes
que recibí de Manuel.

Porque ellos se porten mal,
¿no he de portarme yo bien?
Me voy en busca de Cárlos;
es preciso suspender
las ventas, que en un momento
de arrebató le ordené.

Tal vez le encuentre en el Banco.

RITA. Me alegro de verle á usted,
porque tengo que contarle...

SEVERO. No me puedo detener.

RITA. Son dos palabras.

SEVERO. Ni media.

¿Contento me tiene usted!

Quede usted con Dios, señora. (Váse.)

ESCENA IV.

RITA y á poco DOÑA ANTONIA.

RITA. Señor, vaya usted con él.
¿Qué bicho le habrá picado!
¿Jesus Maria y José!
¿Cuando digo que entre todos
van á armarme algun belen!
¿Si no se puede ser buena!
Si en haciéndose de miel...

ANT. ¿Dónde tiene usted el té,
señora Rita?

RITA. En su sitio:
en el estante tercero
le dejé yo del cuartito...
delante de la ventana
que da al patio del vecino
por donde hablaba Manuela
con el asistente vizco,
aquel que con una caña
nos robaba los chorizos.

ANT. Sí, ya sé.

RITA. ¿Quién está malo?

ANT. Nadie; sino que ha tenido
Matilde una convulsion.
Nada dice, pero opino

que ella debe tener algo.

RITA. Ya lo creo; y bien sencillo
de adivinar es...

ANT. Pues yo
soy más torpe y no he podido...

RITA. Yo se lo diría á usted...
mas tengo miedo á un conflicto,
que luego dicen que yo
soy quien arma caramillos.

ANT. ¿Quién piensa en usted, señora?

RITA. No hace mucho usted lo ha dicho.

ANT. Señora Rita, ¿va usted
á meterme en otro lio?

Con ella es mi indignacion
por lo hipócrita que ha sido.

RITA. Pues está echando las cuentas
al negocio de su tío.

Las canas la asustan mucho;
mas como la gusta el trigo...

ANT. ¿Sí?

RITA. Ustedes no la conocen.

Se casa con él de fijo.

ANT. ¿De veras?

RITA. ¡Vaya! Á estas horas
ya estan los dos convenidos.

ANT. Mentira parece.

RITA. Pero
no lo es. ¡Cuando yo lo afirmo!

ANT. Lo cierto es que no esperaba
tal proceder de mi primo.

RITA. Ni nadie, señora, nadie.

ANT. Pero yo tengo motivos...

RITA. ¿Sí?

ANT. Francamente, creí
que se hubiera conducido
de otro modo.

RITA. ¿Sobre qué?

ANT. Sobre su boda.

RITA. ¡Ah! (Ya atino.)

Vamos, usted esperaba
que al unirse en santo vínculo,
lo hiciese con...

- ANT. Sí, con otra
cualquiera.
- RITA. Ya, ya; entendido.
(Con ella.)
- ANT. Y puesto que á Cárlos
profesa tan gran cariño,
lo natural á mi ver
era casar á los chicos.
- RITA. (Esta mujer tiene el plan
de comer á dos carrillos.)
Y es natural, yo tambien
me figuraba lo mismo,
porque alguna recompensa
merecen usted y su hijo.
- ANT. Yo no diré que nosotros
contemos con grandes títulos;
pero hay hechos en la vida
que los dicta el raciocinio,
y recuerdos que debieran
haber sobre él influido.
- RITA. Ya lo sospechaba yo.
Sin duda algun extravio
que tuvo en la juventud.
- ANT. No es eso.
- RITA. Pues no adivino...
- ANT. Esto es una confianza
que con usted me permito;
por lo tanto...
- RITA. Usted me ofende.
- ANT. Severo y yo nos quisimos
cuando jóvenes.
- RITA. (¡Qué tal!
¡tengo el olfato más fino!)
¿Y eran ustedes pequeños?
- ANT. No señora.
- RITA. (¡Talluditos!
Ya alcanzo las atenciones
que tiene con ella el primo.)
- ANT. La razon no es persuasiva;
pero allá en el fondo abrigo
la conviccion de que un hombre
que poseyó mi cariño

debiera con cierto afán
labrar la dicha de un hijo.

RITA. ¿Pues por qué no le habla usted?
Dándole acaso en lo vivo...

ANT. No, señora Rita, nunca;
fuera en mí muy poco digno.
Él es quien en este caso
debiera haber procedido
con arreglo á su conciencia;
salvando al par que el ridículo
consecuencias que una boda
desigual lleva consigo.

RITA. («¡Con arreglo á su conciencia!»
yo creo que esto no es gringo.)
Pues yo de usted, doña Antonia,
le hablaria muy clarito.

El que la haga que la pague.

ANT. No, Rita; ya he recibido
bastantes favores suyos
y temo abusar.

RITA. ¡Qué pícaro!
La verdad es que está todo,
señora, muy pervertido.
Yo recuerdo que en mis tiempos...
y no soy ningun vestiglo,
si alguna jóven tenia
por desgracia un extravio,
era á la buena de Dios
y sin malicia el delito;
pero, señora, ¡qué escándalo!
ve usted por la calle niños
que apenas saben hablar
y ya fuman.

ANT. Es verídico.
Yo con la conversacion
de mi sobrina me olvido.
Voy á darla el té. Hasta luego.

RITA. Vaya usted con Dios.

ANT. ¡Sigilo! (Váse.)

ESCENA V.

RITA y á poco D. SEVERO.

- RITA. ¡Por supuesto que esto ya me lo tenia yo olido!
¡Ay! ¡que aun no he rezado el credo que me falta! ¡qué delito!
(Pausa durante la cual se ensimisma y mueve los labios para rezar.)
«Y la vida perdurable amen Jesus.»—Ya he cumplido.
- SEVERO. (Ap. entrando.)
(Gracias á lo que corrí llegué á tiempo de impedirlo.
¡Rita! de su indiscrecion voy á servirme á mansalva: ya que la ocasion es calva no perdamos la ocasion.)
¿Qué hace usted tan sola aquí?
- RITA. Nada, señor; calculando que el tiempo ya va pasando muy de prisa para mí.
La vida es ilusion vana.
Parece ayer año nuevo y, ni á pensarlo me atrevo, ya es Noche-buena mañana.
- SEVERO. Mañana, sí, no hay falencia.
¿Tendremos extraordinario?
- RITA. No, que reza el calendario ayuno con abstinencia.
Despues de las doce, sí, pueden comerse capones y mazapan y turrones...
- SEVERO. Me gusta ayunar así.
Por más señas que los saldos de unas cuentas olvidé.
Cancelemos la de usted.
Tome usted los aguinaldos.
- RITA. (Alargando la mano.)
¿Se va usted á molestar...

¡Cinco duros para mí!
(Lo que es ruimboso, eso sí,
no se le puede negar.)

Pero yo no sé si debo...

¿Para qué tanta merced?

SEVERO. Para que se compre usted
un devocionario nuevo.

RITA. Yo procuraré, señor,
corresponder como deba...

SEVERO. Pues para darme una prueba
va usted á hacerme un favor.

RITA. No tiene usted que pedirme
favores, sino mandar.

SEVERO. Me va usted á contestar
con franqueza y sin mentirme.
Rita, ¿es usted quien ha dicho
que yo al casarme especulo?

RITA. (Ya le ví la oreja al mulo,
que suele decir el dicho.)

(Jipando.)

¡Jesus mil veces! ¡pensar
de mí accion tan vergonzosa!

¡de mí que no hago otra cosa
que estar al pie del altar!

¡Profanar, ni por asomo,
con esa calumnia el nombre
del amo mio! del hombre
á quien debo el pan que como!

¡No sufriera yo tal mengua
por esa infame impostura
si á todo aquel que murmura
se le cortase la lengua!

SEVERO. Pues más llanto no derrame,
que al ver hecho tan procaz
no la supuse capaz
de una cosa tan infame.

Pero usted debe saber
quién es de todo el autor.

RITA. ¿Pues no lo he dicho, señor?
la que va á ser su mujer.

SEVERO. Pero, Rita, con razon
me hace pensar su inocencia

- que de tamaña impudencia
no es suya la inspiracion.
- RITA. Ó habla usted con acrimonia
ó no sé qué significa,..
No me refiero á la chica;
lo digo por doña Antonia.
- SEVERO. Vamos por puntos, á ver,
que casi estoy confundido.
¿No dice usted que lo ha urdido
la que á ser va mi mujer?
- RITA. Justamente.
- SEVERO. Pues señora,
cada vez me ofusco más.
¡Vaya! volvamos atrás.
- RITA. Es verdad que usted ignora...
- SEVERO. Hágame usted la merced
de decirlo claro y pronto.
- RITA. Que su prima haciendo el tonto
le quiere atrapar á usted.
- SEVERO. ¡Cómo!
- RITA. Casarse, no hay duda.
- SEVERO. Las digresiones suprima:
quién ha dicho que mi prima...
- RITA. Mire usted si es poco aguda:
mientras creyó que Matilde
desaprobaba el proyecto,
vió la boda sin efecto
y estuvo sumisa, humilde;
pero así que la muchacha
casi decidida vió,
su lengua se desató
y empezó á esgrimir el hacha
enmarañando las hebras
de lo que á la injuria toca,
y sin dejar por su boca
de echar sapos y culebras
para hacer que la inocente
desistiese de su empeño,
y lograr ella su sueño
que es sin disputa el siguiente:
tender con maña la red;
pues como dejo advertido,

tiene empeño decidido
de casarse con usted,
para, envuelto en un «te quiero,»
tapándole á usted los ojos,
llevado al altar de hinojos
atraparle su dinero;
y á los chicos, ya ella rica,
ver el modo de casarlos,
á fin de que su hijo Cárlos
le pille el dote á la chica.
Por lo que si el hecho pasa
cual lo estudiaron arteros,
le dejan á usted en cueros
y todo se queda en casa.

SEVERO. Usted sí tiende la red
con sus palabras capciosas.

RITA. ¿Cómo, señor?

SEVERO. Que esas cosas
son pura invencion de usted.

RITA. ¿Qué dice usted?

SEVERO. Y es muy feo...

RITA. Yo no invento á mi capricho,
que ella misma me lo ha dicho.

SEVERO. Pues vamos, yo no lo creo.

RITA. Seria mucha imprudencia
por mi parte y... ¡vaya! no:
¿me habia de inventar yo
lo del caso de conciencia,
y si usted en sus mocedades
tuvo con ella ó no tuvo?

SEVERO. ¿Eso dijo?

RITA. Y lo sostuvo.

SEVERO. (Aunque sean nimiedades
ya no me sorprende nada
de sus sentimientos viles
cuando cosas tan pueriles
se las cuenta á una criada.)
¿Pero qué tiene que ver
para armarme tal querella
que yo tuviese con ella
ni dejase de tener?

RITA. Es lo que yo la decia.

- Si los hombres se casaran
con todas las que miraran,
borrar del mapa á Turquía.
- SEVERO. Ya sospecho de mí mismo.
¿Qué es la familia en el mundo?
nada, un lodazal inundo
donde reina el egoismo.
Dudar de mi probidad
es un grosero delito.
Vamos, me ofusco, me irrito.
- RITA. Con razon: ¡qué atrocidad!
- SEVERO. Presentimientos tan hondos
ni un extraño los tendria.
¡Yo abusar!
- RITA. (Con intencion.) Ya les diria
quién malversa aquí los fondos.
- SEVERO. ¡Cómo! hable usted; se lo ruego.
- RITA. Que usted lleva aquí la carga,
mientras alguno se encarga
de malgastarlo en el juego.
- SEVERO. ¿Vuelta á lo de Cárlos?
- RITA. Sí.
- SEVERO. Señora, eso no es verdad.
- RITA. Pero es mucha terquedad
negarme lo que yo ví.
- SEVERO. ¿Qué vió usted?
- RITA. Que don Juan vino,
que el dinero me entregó,
que al otro se le dí yo
segun don Juan me previno.
Mas Cárlos, á quien sin duda
ya los naipes le acosaban,
se guardó lo que le daban
y vino á pedirme ayuda,
diciéndome: «Don Severo
»no está y en usted confio:
»no le diga usted al tio
»que han traído este dinero.»
Se fué, pero de allí á poco
entró aquí con paso incierto,
blanco lo mismo que un muerto,
y gritando como un loco:

«estoy perdido, perdido,
»se me salta la razon,
»soy un pícaro, un ladron,
»he jugado y he perdido.
»Voy á matarme al momento.»
¡Pues sabe Dios las que irán!
que como dice el refran,
quien hace un cesto hará ciento.

SEVERO. ¿Será posible? no, no:
pero una duda me inquieta:
aquella causa secreta
de que Matilde me habló...

RITA. Si señor; Matilde sabe
que ha perdido ese dinero.
Le digo á usted, don Severo,
que la situacion es grave.

SEVERO. ¡Cuando mi fallo revoco
de nuevo injurian mi nombre!
con esto le basta á un hombre
para que se vuelva loco.
Las pruebas son palpitantes,
las contemplo, y sin embargo...
¡Y yo que dejé á su cargo
papeles interesantes!

RITA. Su armario está siempre abierto.

SEVERO. Sospechas con él me ofenden;
pero si todos me venden...

RITA. Méenos yo, señor.

SEVERO. Es cierto.

No merezco tales tratos.

RITA. Vaya usted á registrar...

SEVERO. (Con entereza.)

Yo me sabré despojar
de esa caterva de ingratos. (Váse.)

ESCENA VI.

RITA y DOÑA ANTONIA.

RITA. Cada vez me alegro más
de tener este carácter.
Que se arreglen; no me gusta

:

- meterme jamás con nadie.
- ANT. Señora Rita, Matilde se empeora por instantes, y quisiera que su tío por el médico mandase.
- RITA. ¿Aun no ha venido Severo? ¡Vaya! ¡cuánto tiempo hace! ya le hablé de aquello yo.
- ANT. ¿De qué, Rita?
- RITA. Del ultraje que hace á ustedes con la boda de que ha poco nos dió parte.
- ANT. Pues señora, muchas gracias. ¿Quién le manda á usted mezclarse ni abogar en los asuntos donde no la llama nadie? ¿Tiene usted más que rezar y no venir á crearme compromisos de esta especie?
- RITA. Cierto; yo soy la culpable, que por hacer un favor ahora á la cara me sale. ¡Si me hubiera estado quieta! pero yo tengo el carácter de interesarme por todos y no lo agradece nadie.
- ANT. Por lo visto es cosa inútil que el secreto se la encargue. Y vamos á ver. ¿qué dijo?
- RITA. Se puso de mal talante llamando á ustedes ingratos, y añadiendo por remate que era usted una ambiciosa que nunca tiene bastante, y que no era culpa suya si habia usted sido frágil.
- ANT. ¡Cómo! ¿qué está usted diciendo?
- RITA. Me ha contado cosas grandes que me callo por prudencia y porque usted ya las sabe.
- ANT. Pero eso es una impostura.
- RITA. Mire usted que eso es llamarme

embustera, y yo no miento
si la salvacion me vale.

ANT. ¡Severo se ha permitido
decir cosas semejantes!
¡Imposible!

RITA. ¿Pero yo
cómo habia de inventarme...
En fin, señora, ha llegado
á decirme que harto hace
con dar á ustedes asilo,
y que al fin temprano ó tarde
la echará de aquí si insiste
en que con usted se case.

ANT. Á no haber perdido el juicio.
yo no sé cómo explicarme
su conducta.

RITA. Pues yo sí.

ANT. ¿Quién piensa aquí en tal enlace?

RITA. Lo habrá inventado la niña,
que con su carita de ángel
ya la boda ha decidido
segun la dije á usted antes;
y como ustedes la estorban
sin duda para sus planes,
habrá urdido esa invencion
para armar un zipizape
que dé lugar á que ustedes
al fin de la casa salten.

ANT. Por fuerza, porque esas cosas
son mentira hasta en la base.

RITA. (Es natural, la vergüenza
la impide que lo declare...)

ANT. Me ha dejado usted confusa.
¿De tal manera tratarme?
me voy á ver á Severo;
quiero saber al instante
la verdad de lo que pasa,
por qué me infiere ese ultraje,
que lo que ataña á mi honor
no se lo perdono á nadie.
Vienen.

RITA. Él será.

ANT. No, es Cárlos.
¡Ay hijo! (Echándose en sus brazos.)

ESCENA VII.

DICHAS y CÁRLOS.

CARLOS. ¿Qué tienes? ardes,
y los ojos de las órbitas
parece que se te salen.

RITA. ¡Vaya si tiene!

ANT. No es nada.

CARLOS. (A Rita.) ¿Qué le ha pasado á mi madre?

RITA. ¿Qué ha de ser? Que don Severo
es todo un abencerrage,
que decir se ha permitido
ciertas palabras muy graves,
indignas de todo aquel
que caballero se llame.

CARLOS. ¿Sí?

ANT. No la creas.

RITA. Sí tal.

CARLOS. Yo le obligaré á explicarme...

ANT. Debe ser alguna mala
inteligencia...

CARLOS. No, madre;
que harto inconveniente estuvo
de tí hablando hace un instante.

RITA. Ya ve usted que en un pariente,
aunque fuera cierto el lance,
no está bien ir pregonando
con ese impúdico alarde...

ANT. Cárlos, es una calumnia.

CARLOS. Los defectos de las madres
deben ser para sus hijos
misterios inescrutables.
Mucho bien nos dispensó;
pero este insulto es bastante
para que le escupa al rostro
lo mismo que á un miserable.

ANT. No, por Dios.

RITA. Déjele usted

que castigue sus desmanes.
Él viene.

ANT. Prudencia, Cárlos.

CARLOS. Á solas con él dejadme.

ANT. No, me quedo.

RITA. Vamos.

CARLOS. Vete.

RITA. Deje usted que el hecho aclare.

ANT. Él amparó tu orfandad.

CARLOS. Él ha insultado á mi madre.

(Cárlos empuja á su madre y á Rita obligándolas á retirarse.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS y D. SEVERO.

SEVERO. No falta ni un documento
de los que le dí á guardar:
y sin embargo las pruebas
acriminándole estan.
Explorémosle con tiento.

CARLOS. Me va usted á dispensar,
que no obstante de haber sido
mi báculo en la orfandad,
y el apoyo de mi madre,
señora honrada y leal,
que en usted creyó la pobre
su providencia encontrar,
llegue hasta usted revestido
de un carácter especial.

SEVERO. Grave parece el asunto.

CARLOS. Lo es en efecto.

SEVERO. Habla ya.

CARLOS. Yo...

SEVERO. Permíteme un momento.
Dí; ¿no ha venido don Juan?

CARLOS. (Como herido por un rayo.)
No señor... (Estoy temblando
lo mismo que un criminal.)

SEVERO. (Se ha turbado.) Por supuesto
le irias á visitar

- segun te previne. (Observándole siempre.)
- CARLOS. Sí...
- (Tengo una angustia mortal.)
- SEVERO. ¿Está enfermo?
- CARLOS. Sí, señor.
- SEVERO. Supongo que no te habrá dado dinero ninguno?
- CARLOS. No.
- SEVERO. Bien. — (Pausa.) Puedes empezar.
- CARLOS. (Se me ha embargado la voz.)
- SEVERO. (Por desgracia era verdad.)
Habla: ¿te has quedado mudo?
- CARLOS. No, pero me siento mal; podemos para más tarde nuestra entrevista dejar.
- SEVERO. Acaso te haya indispuerto la visita de don Juan.
- CARLOS. (Algo sospecha. ¡Dios mio! ¿cómo vive el criminal?)
- SEVERO. ¿Y qué dolencia padece?
- CARLOS. Tio, yo no puedo más.
Sepa usted que...
- SEVERO. Lo sé todo.
Supongo que sin pensar has dispuesto de una parte de los fondos de don Juan para salvar á tu amigo.
- CARLOS. Sí, verdad, es la verdad.
- SEVERO. Pues bien, aunque está mal hecho, como es tuyo lo que das, no hay razon de acriminarte; pero aquella cantidad ascendia á dos mil reales...
Devuélveme lo demas.
- CARLOS. Tio, tio...
- SEVERO. Estás convulso...
- CARLOS. Yo no puedo sorportar mi deshonra...
- SEVERO. ¡Miserable!
- CARLOS. Yo diré á usted la verdad.
- SEVERO. La verdad es que tu infamia, queriendo en vano dudar,

se presenta ante mis ojos
desnuda y sin antifaz.

CARLOS. Mi culpa...

SEVERO. No te vindiques;
es más prudente callar
que imprimir con la mentira
nuevo sello á tu maldad.
¿De este modo recompensas
el cariño paternal
con que al mirarte indigente
partí contigo mi pan?
¿Qué deberes habrá santos
para tí en la sociedad
si al que de padre te sirve
tal recompensa le das?

CARLOS. Me está usted haciendo daño:
máteme usted por piedad,
que aunque inocente en mi crimen
ya no puedo sufrir más.

SEVERO. Tienes razon; tu castigo
lo llevas contigo ya,
tu conciencia.

CARLOS. Sí...

SEVERO. Alguien viene.

CARLOS. Perdóneme usted.

SEVERO. Jamás.

ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE, DOÑA ANTONIA, y RITA.

ANT. Aquí está más abrigado.

RITA. Vamos, déjate llevar.

MAT. (¿Qué habrá habido?)

RITA. Don Severo,
ríñala usted sin piedad.
Está en su cuarto encerrada
llorando, y si allí la da
la convulsion y la pilla
sola se nos va á estrellar.

SEVERO. ¿Y de esa afliccion la causa
no se ha traslucido?

- RITA. Ya!
- MAT. No tengo nada, de veras;
dejadme por Dios en paz.
- SEVERO. Será acaso á lo que infiero
consecuencia natural
del desengaño terrible
que amenazándola está
con ver que el hombre en quien puso
su confianza y su caudal,
abusando de ambas cosas
ambas malversa á la par.
- TODOS. ¡Cómo!
- SEVERO. (Á Matilde.) No esperé de tí
tal pago en la ancianidad.
- RITA. (Bien dicho)
- MAT. Si esa calumnia
no fuera más criminal
que la que tú me supones
excusara el contestar,
pero así...
- SEVERO. Ya sé tambien
que aunque crédito la das
no es tuya la iniciativa,
pues más esperta y falaz
hubo una mano ambiciosa
para dirigir el plan.
Por cierto que si esa mano
no fuese tan desleal,
debiera en lugar de herirme
venir la mia á besar,
puesto que de la indigencia
viéndola presa voraz
compartí con ella un dia
cariño, mesa y hogar.
- ANT. ¡Severo!
- SEVERO. Severo soy
porque digo la verdad.
- ANT. (Conmoviéndose.)
Cárlos, Cárlos, habla tú
que yo no puedo ni hablar.
- CARLOS. (Confuso.) ¡Madre!
- SEVERO. Tambien su mordaza

- puso á Cárlos la maldad.
- ANT. ¡Cómo!
- CARLOS. Madre, no le oigas;
tú sí que me escucharás.
- ANT. ¿Qué supones?
- SEVERO. Lo que existe.
- CARLOS. No.
- ANT. Dilo.
- SEVERO. Que á su pesar
ha cometido un abuso.
- CARLOS. ¡Tio!
- MAT. ¡Cielos!
- ANT. Basta ya.
Dudar de mí lo tolero;
pero de Cárlos jamás;
es una infame impostura
que no puedo perdonar.
Ven, hijo.—Te agradecemos (Á D. Severo.)
la limosna que nos das;
pero tambien por las calles
se ejerce la caridad.
Hoy mismo te dejaremos
abandonado á la paz
que ambicionada por alguien
(Mirando á Matilde.)
nos arroja de tu hogar.
Si necesitas de mí
búscame y me encontrarás.
En tanto... ¡Hijo de mi alma!
- CARLOS. Madre, yo sé trabajar.
- SEVERO. (Sabido que son ingratos
y que me han querido mal
las lágrimas se me saltan
sin poderlo remediar.)
- RITA. (Cuando miro estas escenas
yo no sé lo que me da...
que hacer no puedo otra cosa
más que afligirme y llorar.)
Señores, yo no soy nadie;
yo sé que ustedes dirán
que me meto en lo que á mí
ni me viene ni me va;

mas les ruego que mediten
el paso que van á dar.
Usted se queda sin nadie, (Á D. Severo.)
su sobrina enfermará,
y doña Antonia y don Cárlos
¿dónde han de ganarse el pan?
Mañana fueran sin duda
los primeros en llorar
su arrebató: hablen ustedes,
que hablando se entenderán.

ANT. Su interés, Rita, agradezco;
pero usted comprenderá
que yo, despues de las voces
que Severo sin piedad
ha prepalado de mí,
debo esta casa dejar.

SEVERO. ¿Á qué voces te refieres?

CARLOS. Á una calumnia infernal
con que acusa usté á mi madre
de torpeza y liviandad.

SEVERO. ¿Yo? ¿quién ha dicho tal cosa?

ANT. Rita.

SEVERO. ¿Usted?

RITA. ¡Pues bueno está!
¡Si me lo contó ella misma!

ANT. ¿Qué dice usted?

RITA. Y ademas
ratificó don Severo
diciendo que era verdad
que tuvo amores con ella.

SEVERO. Todo lo comprendo ya.
Pero víbora inhumana,
diga usted mujer procaz,
¿no hay más modo de tener
que de ese modo brutal?
Confieso que cuando supe
que te querias casar
connmigo...

ANT. ¿Yo? ¿quién ha dicho
semejante atrocidad?

SEVERO. ¡Toma! la señora Rita...

ANT. ¿Usted?

- RITA. ¡Aun me pegarán!
¿No dijo usted, doña Antonia,
que supuso que al tratar
de casarse don Severo,
no pensaba usted jamás
que fuese con su sobrina
sino con otra?
- ANT. Cabal.
- RITA. ¿Y qué? ¿no era usted la otra?
- ANT. Repugna tanta maldad.
- RITA. ¡Pues señor, me he equivocado!
- SEVERO. Rita! Rita! no está mal!
- RITA. ¿Tambien es embuste mio
el que usted tenia el plan (Á Doña Antonia.)
de casar á los muchachos?
- ANT. No señora; y natural
lo encuentro, pues que se quieren.
- RITA. Pues es una atrocidad,
porque no se pueden ver.
Ellos mismos lo dirán.
Hable usted, señor don Cárlos!
- CARLOS. Yo la adoro, es la verdad;
pero al saber que mi amor
no se ha dignado aceptar
porque era pobre...
- MAT. ¿Yo, Cárlos?
¿Quién ha urdido injuria tal?
- CARLOS. Rita ha sido.
- TODOS. ¡Rita!
- SEVERO. Rita,
pues son ya tres las que van.
- RITA. Yo no sé qué otra razon
haya para despreciar
á un muchacho que la adora,
que es cortés, guapo y galan.
- MAT. No mi ambicion, sí la suya,
que con argucia fatal
me amó juzgándome rica,
pobre... desprecióme ya,
y del juego entre los brazos
su sed procuró calmar.
- CARLOS. ¿Quién tal agravio me infiere?

- RITA. (Todo me lo achacarán.)
SEVERO. ¡Toma! la señora Rita.
MAT. Ella lo dijo, es verdad.
SEVERO. Pues ya van cuatro, señora.
RITA. ¡Y sabe Dios las que irán!
pero á fe que carta canta
y lo escrito escrito está.
CARLOS. No la ambicion, sí el respeto
me hizo la pluma tomar
cuando de un hombre más digno (Por su tio.)
pude comprender el plan.
Y si hoy por la vez primera
le he visto al vicio la faz,
fué porque del oro esclavo
llegué tu amor á juzgar.
ANT. ¿Qué dices?
CARLOS. Harto me pesa.
SEVERO. Me asusta tanta maldad.
Conque es decir que la voz
que os dió márgen á dudar,
primero de mi cariño,
después de mi probidad,
fué...
TODOS. De la señora Rita.
SEVERO. ¡Bien!
RITA. Es que usted...
SEVERO. Basta ya.
Mujer que el tiempo malgasta
de hinojos ante un altar,
que reza sus oraciones
por rutina nada más,
que de cristiana blasona
y con la lengua infernal
con que al Señor le da gracias
deshonra á la humanidad,
no la quiero junto á mí,
que al ir la mano á besar
la hiere, pues siempre oculto
lleva en la boca un puñal.
RITA. Señor, ¿qué está usted diciendo?
SEVERO. Que nos deje usted en paz;
que salga, en fin, de esta casa

para no volver jamás.
RITA. ¡Jesus, Jesus! ¡y qué pago
tan injusto que me dan!
¡á mí que tanto los quiero,
que soy mujer de fiar,
que evitarles los disgustos
ha sido todo mi afán!
¡Tan viejecita que soy...
¿de qué me he de alimentar
si para servir no sirvo,
pues coser no puedo ya,
si plancho no lo hago bien,
y si guiso lo hago mal?
¡Ay! ¡potaje de lentejas
el Hospicio me dará.
(Se deja caer en una silla llorando.)

MAT. ¡Pobre Rita!

SEVERO. No la nombres;
porque me irrito al pensar
que por ella, la discordia
sembrada en mi casa está.
¡Dar márgen á separarnos...
y hasta en el trance fatal
ponerme de arruinarme!

MAT. Eso no tendrá lugar.
Me avergüenzo de mis dudas.
Dispon de mi capital;
y si quieres... de mi mano. (Tendiéndosela.)

SEVERO. (Golpeándola cariñosamente.)
¿De tu mano? quita allá;
pues sabiendo lo que sé
fuera gracioso... Llegad
hasta mí; dadme un abrazo;
sed muy felices, y en paz.
(Uniendo á los chicos.)

CARLOS. ¡Tío!

MAT. ¡Siempre noble!

ANT. ¡Ah! ¡gracias!

RITA. (Levantándose muy contenta.)
¡Bien hice yo en sospechar
que esto acabaría así!

SEVERO. Señora, por caridad,

márchese usted al momento
donde yo no la oiga más.

RITA. Señor, yo me enmendaré.

SEVERO. No es posible.

RITA. Usted verá...

SEVERO. Que no.

RITA. Pero...

SEVERO. (Cogiendo una silla.) ¿Usted se marcha?

RITA. (¡Qué fiera! ¡Dios de bondad!

Les voy á decir á todos
que me ha querido matar
de un silletazo el muy pícaro!)

SEVERO. ¿Se va usted ó no se va?

RITA. Al momento, sí señor;
que aunque sea en un portal,
al ménos lejos de ustedes
viviré quieta y en paz. (Váse.)

SEVERO. Ya se disipó el nublado:
Comience el sol á brillar.

RITA. (Entrando.)
Si mando aquí por informes
ya tendrá usted la bondad
de dar los que yo merezca;
no vayan á sospechar
que me voy por algo feo;
que toda la vecindad
sabrà el por qué de aquí á un rato.
Siempre he sido de fiar, (Llorando.)
ni robo, ni canto nunca,
ni voy con chismes jamás.

SEVERO. ¡Rita!...

RITA. Agur.

SEVERO. (Cerrando la puerta.) Anda con Dios
y descarga por allá,
que con lenguas viperinas
ni hay familia ni hay hogar.

(Mirando al foro.)

¡Ya se marchó de mi casa!

¡ya ha entrado en ella la paz! (Abrazándolos.)

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con las supresiones hechas.

Madrid 30 de Marzo de 1867.

El Censor de Teatros,

NARCISO SERRA.

Quedan hechas las supresiones marcadas por el censor.

EL AUTOR.



da cenicienta a
 cuna.
 del almadrano.
 tios.
 s del vicio.
 linos de viento.
 da de Correlargo.
 de oro.
 del regimiento.
 as de mi mujer.
 u hijos.
 u madres.
 del Rey René.
 reñus.
 era de Murillo.
 linera.
 ganza de Catana.
 quesita.
 ela de la vida.
 e de Garan.
 e sin piloto.
 digos.
 lia en el campamento, ó
 as de Africa.
 ados.
 balleros de la niebla.
 ala de matrimonio.
 re de Babel.
 a del gallo.
 obediencia.
 ena alhaja.
 a mimada.
 aridos (refundida.)
 má.
 e ojo.
 y mi sobrina.
 i Zurbano.
 y Maria.
 d en 1818.
 d á vista de pájaro.
 obre hojuelas.
 es de Polonia.
 all ó la Emparedada.

Miserias de aldeá:
 ai mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiendo, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio reyuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardin.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel...?
 Quien mucho alabca.
 ¡Que suerte la mia!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Thajarar por cuenta ajena,
 Todos unos
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómine como hay pocos:
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarcpa
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regalid!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro.
 s de buena ley.
 l mas feo.
 les y cuchilladas.
 yina la Gitana.
 do y marte.
 o y Flora.
 suando.
 Mariquita.
 Crisanto, ó el Alcalde pro-
 dor.
 Pascual,
 chiller.
 cetrino.
 sayo de una ópera.
 lesero y la maja.
 rro del hortelano.
 uta y en Marruecos.
 on en la ratonera.
 dos de carnaval.
 lirio (drama lirico.)
 ostilion de la Rioja (*Música.*)
 zconde de Letorieres.
 undó á escape.
 pítan español.
 orneta.
 ombre feliz.
 aballo blanco.
 legial.
 ltim ó mono.
 rimer, vuelo de un pollo.
 e Pinto y Valdemoro.
 agnetismo... ¡animall
 alifa de la calle Mayor.
 as astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorgo negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La veuta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Ilumeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila
 Los pecados capitales.
 La gitánilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de or?
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peituquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Rniz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Berniejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Fajol.
<i>Alcoy.</i>	J. Marti.	<i>Mahón.</i>	F. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboadela y F. de Moya
<i>Alicante.</i>	Viuda de Ibarra.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almugro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondonedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracnel.	<i>Monilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrión.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orensca.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihucla.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	P. Lopez Coron.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Ponteredra.</i>	J. Buecta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderama.
<i>Cáceres.</i>	J. Valiente.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Galatayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	R. Martinez.
<i>Castillon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castroudiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ccuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Aosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ecija.</i>	J. Giuli.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Girona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Guadalajara.</i>	R. Onana.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno:	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	r. Guillen.	<i>Tux.</i>	M. Martinez de la Cruz.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Jativa.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Mihon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dnos.
<i>Lerida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Vilanova y Celtrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	R. Carrasco.	<i>Vitoria.</i>	A. Juan.
<i>Logroño.</i>	P. Brieña.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.

